

**PROCESOS DE ASIMILACIÓN Y RESISTENCIA URBANAS EN
EL MARCO DE LA GLOBALIZACIÓN. APROXIMACIONES AL
BARRIO CHINO DE BARCELONA Y AL BARRIO DEL
CABANYAL DE VALENCIA**

***PROCESSES OF URBAN ASSIMILATION AND RESISTANCE IN THE
CONTEXT OF GLOBALIZATION. APPROACHES TO THE BARRIO CHINO
OF BARCELONA AND THE VALENCIA NEIGHBORHOOD OF THE
CABANYAL***

Rafael Cuesta Ávila*

Universidad Miguel Hernández de Elche

Resumen

El estudio comparado de dos experiencias barriales de extracción popular en el contexto de dos ciudades mediterráneas, como son Barcelona y Valencia, pueden ofrecernos excelentes observatorios para explorar los efectos de la globalización urbanística sobre nuestros propios espacios de vida. En este sentido, las transformaciones del Barrio Chino y del Barrio de El Cabanyal habrían de entenderse como dos muestras representativas de todo un universo en transición hacia nuevos horizontes urbanos, orientados cada vez más por la economía especulativa y la política oportunista. Partiendo de problemáticas similares, cada barrio representa dos modelos de reacciones y soluciones diferentes a la cuestión de la ciudadanía, que van desde la pasividad de la asimilación, al activismo vecinal de la resistencia. Mostrar las dos caras de una misma moneda, nos servirá de pretexto para emprender una teorización de fondo desde la antropología urbana sobre el destino de las ciudades en nuestros entornos urbanos.

Palabras clave: Ciudadanía. Participación. Asimilación. Resistencia. Especulación. *Gentificación*. Desalojo. Realojo. Rehabilitación. Culturalismo. Convergencia. Hibridación.

Abstract

The comparative study of two experiences neighborhood of popular extraction in the context of two mediterranean cities, such as Barcelona and Valencia, can offer excellent observatories to explore the effects of globalization on urban our own living spaces. In this sense, the transformations of Barrio Chino and neighborhood of the Cabanyal would have to be understood as two representative samples of an entire universe in transition toward new horizons urban, increasingly oriented by the speculative economy and opportunist

* Rafael Cuesta Ávila es profesor titular de Antropología social en la Universidad Miguel Hernández de Elche (Elche, España). Es doctor en Antropología social y licenciado en Sociología y Ciencias Políticas por la Universidad Complutense de Madrid.

policy. Based on similar problems, each neighborhood represents two models of reactions and different solutions to the dilemma of citizenship, which range from the passivity of assimilation into the neighborhood activism of the resistance. Display the two sides of the same coin, we will serve as a pretext to undertake a conceptualization of fund from urban anthropology on the destination of the cities in our own environment.

Key Words: Citizenship. Participation. Assimilation. Resistance. Speculation. Gentrification. Eviction. Rehousing. Rehabilitation. Culturalism. Convergence. Hybridization.

A MODO DE INTRODUCCIÓN¹

El haz de luz que desde este foco se proyecta sobre dos entramados barriales tomados en calidad de observatorios de estudios culturales, como son el Barrio Chino de Barcelona y el Barrio del Cabanyal de Valencia, tratará iluminar las zonas de penumbras de unos procesos urbanos que no son más que variaciones locales de unas mismas constantes globales, el eco de unos cambios de fondo que invariablemente se vienen reproduciendo en muchas de las ciudades que habitamos. Pese a los distintos desenlaces posibles, tal como se tratará de ilustrar en los dos casos seleccionados, lo verdaderamente inquietante de tales dinámicas es que, en cualquier caso y en última instancia, se está poniendo en cuestión el propio concepto de ciudadanía, entendido como un derecho democrático históricamente conquistado que en la actualidad parece retroceder, como tantos otros derechos ganados a costa de tantos sacrificios sociales.

Ciudad y ciudadanía sólo acabaron entendiéndose en tiempos recientes como términos correlativos, a diferencia de otras épocas históricas en donde el espacio urbano establecía una clara demarcación social entre amos y esclavos, como sucedía en las polis griegas, en donde los considerados como ciudadanos sólo eran una reducida parte de la población; o entre señores y súbditos, como se daba en las villas feudales del medievo, en donde el concepto de ciudadanía seguía estando restringido a una excelsa minoría estamentaria; o entre burgueses y proletarios, cuando se impuso la democracia censitaria en las emergentes ciudades industriales en donde la concesión de la ciudadanía se atribuía a quienes demostraran tener un domicilio legal fijo, lo cual excluía a buena parte de los trabajadores industriales que vagaban de una ciudad a otra en busca de una oportunidad laboral. En tales escenarios urbanos pretéritos, los “verdaderos” ciudadanos fueron sólo aquellos sujetos

¹ Agradezco los comentarios aportados por Sergio López Martínez a la primera versión de este texto.

que, libres de ataduras económicas de la supervivencia y amparados en un estatus político preferencial, participaban en los asuntos públicos de la ciudad sin contar con el resto de sus habitantes.

En términos relativos, desde no hace demasiado tiempo, la ciudadanía “universal”, como derecho reconocido a modo de ganancia política en el seno de nuestras actuales sociedades democráticas, ha venido garantizando el libre ejercicio de todos los ciudadanos para comprometerse en la construcción de la ciudad, al entenderse que entre todos “construimos” directa o indirectamente nuestros propios espacios vivenciales. Sin embargo, esta relación entre ciudadanía y participación, lejos de consolidarse, cada vez presenta mayores dificultades para ser plenamente reconocida y ejercida en los nuevos contextos políticos y económicos abiertos en la contemporaneidad. En aras de su bienestar, tal y como se insistía en el discurso del despotismo ilustrado, propio de otras épocas aunque cada vez más presente en la nuestra, el ciudadano es cada vez más ignorado y degradado, haciendo que, en una casuística preocupantemente creciente, la lógica de la participación retroceda hacia el terreno de la lógica de la resistencia ciudadana, o llegado el caso, a su simple extinción.

Resistir, en la actualidad, plantea la difícil estrategia de cómo sobrevivir en el inhóspito paisaje urbano en donde domina la ley de la selva de la rentabilidad económica, dominada por las insaciables arcas de las corporaciones municipales y por las voraces empresas inmobiliarias que expropián y se apropian del territorio urbano a costa del desalojo de sus ocupantes, los vecinos, cuyos destinos importan bien poco a las decisiones del capital inmobiliario. La falta de sensibilidad hacia el exilio urbano de unos Otros ninguneados por los poderes políticos y económicos, es una de las marcas patentes de los nuevos tiempos de la vida en ciudad, introduciendo para quien sabe percibirlo una sensación de *déjà vu*, que deja atisbar el retorno del ciudadano a su anterior estatus de súbdito. Apostar por esa “dignidad de los nadie”, como clamaba y reclamaba el realizador Pino Solanas² en su estupendo documental sobre la crisis argentina, militando con cámara en mano contra la usurpación de los derechos ciudadanos, es también apostar por la resistencia a dejarse llevar por esa vuelta atrás en los tiempos presentes.

² Solanas, Pino (director).(2005). La dignidad de los nadie. Historias y relatos de esperanza. Coproducción cinematográfica argentina. Premio Derechos Humanos, Premio Unesco al mejor film, Premio al mejor documental en el Festival Internacional de Venecia. DVD. Duración 118 min. aprox.

El cine, la literatura, las crónicas periodísticas, el paseo por las calles, la observación directa, los intercambios de impresiones, la documentación a través de fuentes indirectas o secundarias, y otras técnicas de filtración de datos, serán las ventanas desde las que se tratará de mirar el micro-universo de estos dos barrios y sus distintas respuestas frente a las embestidas de la economía especulativa y del oportunismo político contra el derecho de ciudadanía ejercido por sus respectivos vecinos, sometidos a los imperativos de quienes implantan en nuestro entorno urbano las reglas del juego del “monopoly”. Creo que la antropología es trabajo de campo, pero no sólo; también es una manera especial de hacerse preguntas sobre el ser humano, la sociedad y la relación entre ambos extremos, tratando de analizar como tales interrogantes se resuelven en cada caso, en cada contexto, respondiendo de manera particular a las mismas cuestiones universales. Y para llegar a tales ultimidades, el investigador puede tensar el arco de la imaginación antropológica para apuntar a la diana de los hechos utilizando materiales que en ocasiones pueden salirse fuera de los estrictos límites marcados por la ortodoxia etnográfica. En este sentido, reclamo la necesaria hibridación de las ciencias sociales a través de la figura interdisciplinar del investigador que integre al mismo tiempo las teorías y los métodos de la antropología, la filosofía, las humanidades, la sociología, la politología, la economía, la historia o el arte, a fin de proceder a la descompartimentalización de la realidad superando el caduco imaginario fronterizo de las disciplinas estancas. Entender sin complejos la complejidad del ser humano exige la combinación de tales complementariedades.

Tres tipos de inquietudes personales, compartidas por otros tantos investigadores de lo urbano, son las que se trasladan en las páginas que siguen para tratar de responderse a lo largo de este escrito:

- La primera preocupación nos lleva a plantearnos qué es lo que sucede con las ciudades como escenario clásico de lo urbano, cuestión que en cierto modo implica preguntarnos qué es hoy la ciudad y hacia dónde avanza la producción del espacio ciudadano contemporáneo.
- La segunda preocupación nos introduce en el debate sobre qué tipos de lógicas, sociales, políticas o económicas “producen” hoy a los ciudadanos, como actores que se mueven dentro del tablero de juego urbano, y cuál de estas lógicas son más propicias para fomentar el interés hacia lo público y el espíritu crítico, principios básicos éstos para ejercer la ciudadanía.

- La tercera preocupación que guía nuestras ocupaciones, y ligada a la anterior, gira en torno al problema de la ciudadanía, esto es, el estudio de los roles que los actores juegan en el escenario urbano, adoptando papeles que van desde la participación hasta la inacción, desde la actividad hasta la pasividad, desde el activismo al indiferentismo o la desafección ciudadana, desde la asimilación de las directrices urbanas impuestas desde arriba hasta la resistencia frente a los modelos ciudadanos que rompen con las tramas de convivencia generadas desde abajo, desde el barrio.

A fin de operacionalizar sobre el tablero de la realidad las reglas de las actuales dinámicas urbanas en relación con las inquietudes expresadas, se tomarán dos observatorios barriales, el Barrio Chino de Barcelona y El Cabanyal de Valencia. La idea que guía el texto es realizar una exploración en torno a las lógicas y prácticas de asimilación y resistencia vecinal ante los cambios introducidos desde la escala global a la local. Se trata con ello de trazar una comparación entre dos barrios que han sufrido procesos de implantación de planes urbanos sin que desde las instancias administrativas oportunas se haya reclamado la participación ciudadana, si bien con dos resultados bien distintos. Si en el primer caso, la falta de respuesta de los habitantes del barrio se traduce en un deterioro de la trama vecinal, y como consecuencia de ello el desalojo, derribo, reconstrucción y reocupación del espacio transformado desde los planificadores, en el segundo ejemplo puede destacarse como las movilizaciones participativas de los vecinos consiguen montar una red de autodefensa de la identidad barrial, evitando la desmantelación del vecindario y la permanencia de sus tradicionales ocupantes.

EL BARRIO CHINO DE BARCELONA: UN CASO DE ASIMILACIÓN URBANA

La primera vez que me acerqué al Barrio Chino de Barcelona, hoy El Raval, fue a través de una película documental que en cada nuevo visionado es capaz de aportarme nuevas preguntas y respuestas sobre la compleja cuestión urbana, proporcionándome un nutritivo alimento para pensar antropológicamente. Tanto es así que debo confesar que las exploraciones personales realizadas sobre este emplazamiento y mis paseos por sus

sorpresivas calles se han hecho con la mirada cargada de aquellas imágenes recibidas en formato cinematográfico³.

El *film* al que me refiero se titula *En construcción*, que fuera estrenado en 2002, una década después de los fastos de las Juegos Olímpicos, y que está dirigida por realizador José Luís Guerin. En sí mismo, el documento es un trabajo etnográfico rodado en formato audiovisual, que en nada desmerece a cualquier otro tipo de investigación de campo de corte más convencional. Si el libro de los *Argonautas del Pacífico Occidental* de Malinowski nos permite entender lo que ocurre en la isla de Trobiand, el documental de Guerin nos ayuda a comprender lo que sucede en el barrio Chino de Barcelona. El autor sigue con la cámara, de la manera más lenta y matizada en la que es posible rodar, todo el proceso de la cotidianidad que entraña la desaparición de un vecindario, con sus gentes, sus relaciones, sus ritmos, sus formas de vida,... Y todo ello, junto a la aparición en paralelo de los nuevos residentes del nuevo espacio construido, que poco o nada tienen que ver con los antiguos habitantes “de toda la vida” del vecindario. El *leit motiv* que guía el argumento de este documento es la destrucción y reconstrucción de un barrio y de sus viviendas, el desalojo de unos y el realojo de otros, y con ello la transformación de la propia ciudad condal, que también cambia al modificarse las diversas partes del todo, sus barrios y sus gentes.

Se trata pues, la película de Guerin, de una narración cinematográfica que relata la historia real de la destrucción de un barrio popular y la construcción de una nueva zona residencial, rodada con actores reales que son los últimos pobladores de ese emblemático Barrio Chino, llamado hoy del Raval, situado en la zona portuaria de Barcelona. En este documento fílmico, de indudable valor antropológico, asistimos en directo, a la reconversión de una parte de la ciudad histórica en ciudad genérica, sin pasar por los filtros *glocales* de la rehabilitación. Porque en este caso, no existe una solución de hibridación entre el espacio antiguo y el nuevo, sino que las lógicas de la rentabilidad municipal y empresarial se imponen sobre las lógicas de la sociabilidad, construyéndose nuevas formas espaciales para nuevos contenidos sociales. De este modo, un barrio popular, fecundo en una cultura urbana que lo hace distinto a todos los demás, se reconvierte en un espacio ideológico

³ Debo dejar bien claro, antes de seguir avanzando, que las descripciones e interpretaciones que aquí se vierten no tratan tanto de reproducir lo que se muestra en un documental en donde apenas se habla aunque se dice mucho, sino en reconocer la fuente de inspiración de un texto en formato audiovisual cuyas imágenes me ayudaron sobremanera a traducir comprensivamente todo lo que veía a mi alrededor en los recorridos a pie de asfalto entre las calles del Barrio Chino de Barcelona.

genérico que se construye desde unas directrices y con unos objetivos orientados hacia el mercado. El Barrio Chino sería pues un ejemplo concreto de un espacio cultural *ideologizado*, un espacio asimilado a las lógicas mercantiles de la oferta, la demanda, el precio y los beneficios, un “lugar” que va convirtiéndose en un “no-lugar”, un espacio genérico en virtud de las lógicas de la convergencia urbanística.

La ciudad, cualquier ciudad, es el resultado final entre lo que se destruye y lo que se construye, tratando de mantener un equilibrio que dé coherencia a la relación entre el pasado y el presente, entre la tradición y la modernidad, entre lo local y lo global, entre la solidaridad y la rentabilidad. Sin embargo, desde las lógicas del urbanismo especulativo, construir una ciudad significa destruir otra. “En este proceso”, tal como se nos explica en la presentación de la película, “se advierte que la mutación del paisaje urbano implica también una mutación en el paisaje humano, y en este movimiento se pueden reconocer ciertos ecos del mundo” (Guerin, 2002). Resonancias como las del Barrio Chino de Barcelona pueden escucharse en el barrio antiguo o histórico en Alicante, o en el barrio popular de la Alameda de Hércules de Sevilla, o en la barriada de El Cabanyal de Valencia,... o en muchos tantos lugares del mapa nacional o internacional sometido a estas mismas lógicas de demolición y construcción, como sucede con los barrios populares de la ciudad china de Pekín.

En el caso del llamado Barrio Chino de Barcelona, el plan de reforma dictado por las autoridades municipales se impuso al plan de rehabilitación demandado por los vecinos. La Sociedad Pública Municipal que gestionaba la compra de las viviendas a demoler ofrecía el pago de 800.000 “pesetas de las antiguas”, cerca de unos 5.000 euros actualizados, para que los antiguos ocupantes se fueran de sus casas, a fin de vender posteriormente los nuevos pisos edificados a 20 millones. El negocio especulador era redondo para los respectivos beneficiarios de la promotora, que para nada coincidían con los intereses de los propios habitantes del barrio.

Las cámaras dirigidas por Guerin levantan acta visual de la aparición de los derribos, demoliciones que no sólo se llevan viviendas por delante sino las vidas que se albergaban dentro de ellas. En esta metamorfosis urbana en directo, llevado a cabo por quienes dirigen con sus batutas los rugidos de los *bulldozers*, máquinas excavadoras, taladradoras y perforadoras por doquier,... se aprecia el desmantelamiento de todo el micro-universo

social que poblaba el barrio tradicional. Aunque aparentemente no pasa nada, ante el tomavistas se va mostrando de manera casi desapercibida, sin ostentación, la desaparición del barrio tradicional mientras va emergiendo el área residencial. En este tránsito se eclipsan una forma y unos contenidos de vida, evaporándose de estos lugares las clases populares que se alojaban en ellos, sus tipologías de vivienda, sus relaciones vecinales, las inercias de vecindario, sus prácticas de vecindad y los códigos empleados para llevarla a efecto,... De este modo se esfuma la vida en la calle, los trabajos marginales adaptados a unas formas de vida concretas, las estructuras familiares tradicionales, los sentimientos de arraigo, (“soy porque somos”, decía un vecino), las biografías de raíces de aquella gente que nace y muere en el barrio, o la tradicional vinculación entre los espacios residenciales-laborales-recreativos que cohabitaban en plena integración, ámbitos que acabarán siendo separados cuando los nuevos bloques de viviendas en construcción pasen a ser ocupados por los nuevos residentes, portando con ellos nuevos modos de vivencias y convivencias diametralmente distintas a la moral de los antiguos moradores y sus moradas. Obviamente, las formas de residencia de los nuevos ocupantes y sus relaciones de vecindad estarán afectadas por la lógica de la división espacial trazada por un urbanismo racional teóricamente deudor de la Carta de Atenas de 1933 elaborada en el IV Congreso Internacional de Arquitectura Moderna (CIAM) desde criterios científico-positivistas. En esta reformulación de la lógica urbana se establecía el presupuesto de la convergencia urbanística, a través de ciertos principios tales como la zonificación de la ciudad en tres funciones distanciadas entre sí (habitar-trabajar-recrear), vinculadas a través de una cuarta (circular), la edificación en altura, o la adaptación de la estructura urbana a las prioridades económicas frente a las sociales. Esta forma de hacer ciudad entraba en clara oposición a las lógicas de integración de las mismas funciones en el pasado, en donde lo habitual era que el *urbanita* residiera cerca de donde trabajara y se divertiera dentro de su entorno de vida próximo, en una superposición que abonaba la intensidad de las redes vecinales y el sentimiento de pertenencia a un lugar.

Frente a la desaparición de las tradicionales formas y contenidos de vida propias del Barrio Chino se levantaba un nuevo modelo urbano, caracterizado a nivel arquitectónico por la sustitución de las casas bajas por altos bloques de edificios; a nivel social, por un alto grado de individualismo frente a las relaciones personales; a nivel sociológico, por el predominio absoluto de las clases medias que expulsan a las clases populares; a nivel socio-laboral, por la incorporación de nuevas profesiones y profesionales que desplazan a las tradicionales del

barrio; a nivel urbano, por la segmentación definitiva entre los espacios habitacionales-laborales-recreativos que explotan hacia fuera la integración anterior; a nivel vecinal, por la ausencia de lazos sociales fuertemente atados o bien anudados entre los nuevos inquilinos; a nivel personal, por la construcción de biografías basadas en trayectorias de tránsito o de rutas fruto de un desplazamiento constante en busca de oportunidades de trabajo y de acomodación a los nuevos estatus,... líneas de cambio que irán marcando las pautas de la reconversión del barrio al residencial. Como resultado de todo lo enumerado, se asistirá a una transformación urbana que tendrá importantes impactos sociales, y que traducido al documental refleja la trama argumental de un entramado barrial que se desentrama.

El plan de actuación urbana aplicado sobre el Barrio Chino vino dictado y ejecutado desde arriba, a través de los planificadores al servicio de la administración local, re-modeladores técnicos del barrio que construyen sobre el plano sin contar con la gente que habita la realidad que se está destruyendo, ciudadanos afectados por las decisiones tecnocráticas de aquellos que actúan sin pensar en el destino que les depara a esas gentes que expulsa, pues la única preocupación radica en la cuestión de cómo rentabilizar un espacio infravalorado en la ciudad, unos solares que pueden revalorizarse con una conveniente mutación del espacio y de sus habitantes. La idea de adecentar un barrio sórdido, de introducir una higiene homologada, y de propiciar un cambio cosmético y quirúrgico sobre la trama urbana del barrio gravitan sobre los discursos de los representantes políticos, manejados factores positivos para la ciudad en su conjunto.

El urbanismo global y especulativo que se impone en nuestros espacios cotidianos, implica la nueva concepción de la “ciudad-escaparate”, o la proliferación de “urbanizaciones-(también)-escaparates”, todas parecidas, todas similares, todas uniformes, en una búsqueda de bellas formas estéticas estandarizadas sin contenidos poéticos, como los que reclamaba Gastón de Bachelard (2008), cuya implantación está expulsando de su interior todos aquellos espacios considerados sórdidos, marginales, indecentes, morbosos, políticamente incorrectos,... De tal modo que aquellos antiguos vecinos de esos barrios populares se convierten hoy en especies humanas en vías extinción, al menos dentro de nuestro paisaje urbano. Se trata, según el discurso oficial, de llevar a cabo una urgente depuración de barrios degradados que hay que sanear, de zonas pobladas por vecinos degenerados que no “saben estar” en la ciudad. Este discurso externo que define al barrio degradado como

espacio urbano problemático y problematizado desde instancias externas se acaba interiorizando por los propios vecinos, asumiendo que esta condición marginal es causa de los propios habitantes, imputable únicamente a su propia responsabilidad, sin ser del todo conscientes del doble rasero de las inversiones e intervenciones diferenciales que la política municipal aplica en unos barrios (centrales) y niega a otros (periféricos). De este modo, la falta de inversiones públicas es el motivo principal de la degradación del vecindario, y no tanto la responsabilidad atribuida por los políticos y empresarios de turno a unos vecinos que acaban siendo considerados culpables de su propias condiciones. En este sentido, los efectos acaban confundándose con las causas, y las soluciones con los problemas.

Evidentemente, estas barriadas degradadas tienen sus elementos de choque y sus problemas, como son la prostitución, las drogas, el paro, la delincuencia,... pero estas no son las causas de la degradación del barrio sino los efectos de una política municipal que entiende la inversión pública con criterios de rentabilidad económica aplicada en las zonas “nobles de la ciudad”, aquellas capaces de generar ingresos, mientras que la intervención en las barriadas periféricas y marginales son contempladas como un gasto social que las arcas del ayuntamiento no se pueden permitir, sobre todo en contextos de crisis económica y de disminución acelerada de impuestos. En tales condiciones, la fuente del conflicto no es de índole cultural⁴, atribuida a los malos hábitos de unos vecinos degenerados que no saben comportarse, sino de naturaleza ideológica, en donde los criterios de redistribución de los presupuestos municipales no obedecen a lógicas de la justicia social sino a las medidas de presión de ciertos grupos políticos y empresariales que diseñan la ciudad según sus intereses particulares.

La belleza formal de las actuales “ciudades-escaparates”, a través de prácticas de desalojo y derribo, son el resultado de una serie de operaciones de “cirugía estética” sobre el espacio urbano, en donde se trata de obtener una belleza homogénea, estandarizada, homologada, y políticamente correcta. Los centros de las bellas ciudades de antaño, o las áreas más apetecibles al capital se rejuvenecen a través de caros procesos de *lifting* urbano concebido como un negocio en donde se busca la rentabilidad económica de unos pocos sin contar con la participación ciudadana de los sujetos implicados, olvidándose de las cada vez más

⁴ Como planteaba Oscar Lewis en su criticada ‘Antropología de la pobreza’, haciendo responsables a los pobres de su pobreza, en virtud a unas limitaciones culturales que impedían su desarrollo.

sórdidas condiciones de los barrios tradicionales, cada vez más dejados de la mano de sus ocupantes, que pasan a ser entendidos como únicos responsables de su lastimera situación.

De este modo, aquellas formas y contenidos populares propios de una vida urbana hoy tachada de anómala, dados los problemas sociales que encierran (drogas, prostitución, delincuencia,...), manifestados en unos edificios estéticamente impresentables por el feísmo propio de la dejación y el abandono que presentan, ya no cuadran con el diseño utópico de la “ciudad-escaparate”, pensada o planeada como reclamo turístico, con su arquitectura faraónica levantada por los “arquitectos-estrellas” a costa de la chequera municipal que paga el contribuyente, independientemente de la zona que ocupe en el espacio urbano. La ciudad “patrimonializada” o la “ciudad-sana”, despojada de sus zonas insalubres y degradadas, provista de estéticas deslumbrantes y sobre todo de seguridad, es garantía de nuevas fuentes de ingreso para la inversión inmobiliaria y el consumo del turismo masificado. Y es que una ciudad arquitectónicamente atractiva es una fuente de negocios que deja sustanciosos ingresos para los transportes, la hostelería, la restauración, los comercios, los servicios, el ocio, la cultura, la museística, los *souvenirs*,... El urbanismo espectacularista y especulativo se pone en acción a través de esta nueva escenografía urbana, bella por fuera pero vacía por dentro, como muchos de los emblemáticos edificios restaurados, diseñados para generar rentabilidad a partir del “reencantamiento” del inmobiliario urbano. Asistimos así a un proceso de presunta “dignificación” de partes “nobles” de la ciudad que deriva en una “disneyficación” del espacio urbano, convertido en parque temático-monumental, que apunta hacia un “pensamiento único” en la lógica de prioridades de los gastos públicos en la ciudad.

La brutal transformación del Barrio Chino, hoy conocido como Raval, quizás para quitarle todas las connotaciones negativas que impregnaban la zona, fue una consecuencia directa de las inercias activadas a partir de la operación urbanística de la Barcelona Olímpica, saneando tejidos obsoletos y generando espacios públicos, equipamientos y áreas residenciales, que creaban un nuevo escenario para un tiempo nuevo. Se borraba con ello la imagen y los imaginarios de un ambiente portuario, propicio a las entradas y salidas de gentes de paso, que a su vez eran clientes habituales de pensiones cutres en edificios de estéticas decadentes, en un trazado urbano de calles laberínticas en donde el paseante se podía perder al recorrerlas, y encontrar bares sórdidos abiertos al mestizaje o prostitutas

por los oscuros rincones,... todo un trasiego humano cotidiano en donde se incluían los vecinos de toda la vida.

Gestionado por el Ayuntamiento a través de un modélico proceso de *gentrificación*⁵, un modismo importado del urbanismo anglo-norteamericano, el barrio fue reocupado por nuevos *bobemios burgueses*⁶ con buenas carteras, de gente “*hippy-chic*”, “*multicultis*”, “*pijos-rojos*”, y toda una nueva fauna urbana vinculada a los nuevos equipamientos “culturales” instalados a la redonda, como el Centro de Cultura Contemporánea o las dispersas facultades de la Universidad Central de Barcelona, en una de las cuales se halla precisamente el departamento de antropología en donde existen investigadores⁷ que estudian estos procesos del entorno sobre la ciudad condal.

Para muchos críticos de esta operación urbana, la mutación del Barrio Chino significó un lujoso envoltorio para atraer a gentes con ingresos y expulsar a vecinos sin recursos. El triunfo de El Raval significó un espectacular limpiado de cara y la aplicación de un nuevo maquillaje para El Barrio Chino, incluyendo cirugías de embellecimiento urbano, si bien a costa de perder el alma en el empeño, dejando de ser un espacio literario propicio a dramas y aventuras en donde transcurrían novelas de atmósferas inconfundibles como las de Manuel Vázquez Montalbán o Francisco González Ledesma, para convertirse en una estética imagen de postal, una más entre muchas que se venden en los quioscos de *souvenirs*.

Venido al mundo a través del punto peculiar de este entorno barrial, el propio Vázquez Montalbán reflejaba en su faceta de novelista de serie negra todo el universo contenido en la zona portuaria de esta parte de la ciudad de Barcelona, uno de los lugares comunes en su literatura. Su personaje y álgter ego, el detective Pepe Carvalho, en una serie que cuenta con una tirada de veinte y dos títulos entre relatos y novelas, recorre sin tregua los rincones de este Barrio Chino, al tiempo que va mostrando su creciente desacuerdo ético y estético con

⁵ Término asimilable al de ‘elitización’ tomado del inglés *gentrification* (de *gentry*: élite) que describe el proceso de expulsión de los habitantes populares de un espacio urbano calificado como degradado y su sustitución por otra población de mayores rentas, al tiempo que se renueva la zona.

⁶ BoBos, en Francia, según los define el periodista David Brooks a modo de clasificación sociológica en su libro ‘Bobos in paradise: the new upper class and how they got there (2002). El término deriva de la contracción francesa *bourgeois bobèmes*, que define a esos grupos sociales emergentes caracterizados por la integración entre una ética yuppie y una estética hippy, gentes adineradas inclinados hacia la contracultura, consumidores de productos caros y exóticos, orgánicos o elaborados artesanalmente.

⁷ Quizás el antropólogo Manuel Delgado sea uno de los investigadores que hayan tratado con mayor profusión esta fenomenología urbana en nuestro campo disciplinar.

la gran transformación sufrida por una Barcelona que se preparaba para acoger los fastos de los Juegos Olímpicos de 1992. La última novela protagonizada por Carvalho, *Sabotaje Olímpico*, publicada en 1993, puede comprenderse como una declaración de principios tanto del personaje como del autor, en torno a una ciudad vivida y sentida desde una intensa relación de amor-odio, de pasión hacia la vida de barrio y de aversión hacia las nuevas formas de existencias urbanas que van desalojando a las tradicionales formas de vivencias.

En una de sus celebradas crónicas gastronómicas⁸ por Barcelona, a las que era tan aficionado, Montalbán aconsejaba que “si el viajero no quiere alejarse demasiado del corazón mítico de Barcelona, el Barrio Chino, puede irse a comer a la Casa Leopoldo, donde la mejor consigna es decir: ‘Vengo de parte de Pepe Carvalho y pongan lo que ustedes quieran’. La tenacidad de Casa Leopoldo contrasta con la mudanza de un barrio en plena reforma en el que la piqueta quita las varices de sus viejas prostituciones y extermina poco a poco lo que fueron el inglés de la ciudad, cuando Jean Genet ejercía por estas calles de ladrón y homosexual (*Le Journal d'un voleur*). Cliente de Casa Leopoldo, el escritor André Pieyre de Maniargues escribió cerca de allí ‘Au marge’, y se le ha dedicado una plaza en el corazón del Barrio Chino, muy cerca de su restaurante de altos vuelos que fue leyenda por la cantidad y calidad, leyenda desde el interior del propio barrio, donde siempre supimos que era un restaurante que nos representaba, pero al que sólo podíamos ir una vez en la vida, hasta que los tiempos cambiaron colectiva o personalmente, dentro de lo que cabe” (Vázquez Montalbán, 1999). Pero la experiencia urbana nos dice que una misma receta, aunque sea de cocina, no sirve para todas las circunstancias, y que una ciudad no es igual que otra, ni debe serlo.

Francisco González Ledesma es otro de los prolíficos escritores catalanes de la novela negra barcelonesa que recorre desde una nostalgia cargada inquietud, las mutaciones urbanas implantadas en los barrios populares barceloneses, utilizando en sus novelas un imaginario de ciudad que ya dejó de ser, aquella cuyos límites estaban demarcados por la frontera norte en la plaza de Catalunya y, al sur, el mar, con el Barrio Chino y el Poble Sec, donde nació. Esta ciudad del pasado le sirve de escenario para desplegar el desarrollo de sus novelas policíacas protagonizadas por el inspector Méndez, un agente de la ley con métodos poco ortodoxos, cuya última entrega⁹ transcurre en buena parte en el Poble Sec de

⁸ El País, 6 junio 1999. “Pasodoble de aniversario”, por M. Vázquez Montalbán.

⁹ González Ledesma, F. (2007). *Una novela de barrio*. Ed. RBA. Barcelona. Premio internacional de Novela Negra.

los años 70 y 80. Este barrio, con un desarrollo urbanístico bastante parecido al Chino lo define el autor como “un barrio que se está muriendo (en) el que la cuarta parte de la población ya no es de Poblec Sec (...). Los antiguos obreros anarquistas ya no existen. (Tampoco) quedan las familias que uno conocía de toda la vida” (González Ledesma, 2007).

La ciudad “normalizada”, “sana”, *global*, residencial, de formas estéticas de acordes al nuevo canon urbano, que apuesta por el visitante más que por el habitante, abierta en todos sus poros a los espacios mercantilizados,... se extiende tentacularmente hacia la búsqueda de rentabilidades económicas y políticas, imponiendo su nuevo orden moral de mercado sobre aquellos espacios populares calificados como “desviados”, “insalubres”, “degradados”, que en proceso de marginación planificada, y en virtud a su proximidad a las zonas urbanas más codiciadas, acaban siendo sometidos a las lógicas de derribo y reconstrucción que alimentan el vientre del capital especulativo a través del expolio de los espacios ciudadanos sin contar con la participación ciudadana.

En todo este tránsito captado por cámaras, literaturas y voces se puede entrever cómo se pasa de un vecindario popular al nuevo escenario residencial, en donde la vivienda ya no es un espacio de vida integral en cuyo interior casi todo tenía lugar, sino un lugar cada vez más vaciado de funciones, reconvertido en mera residencia a donde sólo se acude a descansar y dormir, en una ciudad en donde las funciones de habitar, trabajar y recreo aparecen cada vez más segmentadas a lo largo y ancho de la ciudad de Barcelona y toda su extensa conurbación.

Barriada popular destruida	Nuevo residencial construido
Tipología tradicional de la vivienda (casas de plantas bajas unifamiliares)	Tipología moderna de la vivienda (bloques de varias plantas multifamiliares)
Lógicas vecinales solidarias: prácticas de con-vivencia basadas en la reciprocidad	Lógicas individualistas: prácticas de vivencias basadas en el mercado
Clases populares	Nuevas clases medias ascendentes
Relaciones personalizadas	Relaciones impersonales
Trabajos marginales	Nuevas profesiones
Vida en la calle. La gente hace calle, se vive en la calle. La calle “respira”.	Vida en casa. La calle es un espacio antagonista a la casa, “asfixiante”, un mero lugar de tránsito o de circulación.
Superposición entre los espacios de habitación, de trabajo y recreativo, integrando actividades y actores.	Segmentación entre los espacios residenciales, laborales y lúdicos separando actividades y actores
Estructura familiar tradicional.	Estructura familiar nuclear
Biografías de raíces: desde el nacimiento a la muerte dentro del barrio	Biografías de tránsito: propia de una alta movilidad sobre el espacio
Sentimientos de arraigo. Entramado de redes sociales basada en contactos frecuentes, densos e intensos	Ausencia de lazos sociales fuertemente atados o bien anudados entre los nuevos residentes. Se comparten espacios pero no vivencias. Se vive pero no se convive
Elementos de choque: drogas, paro, prostitución.	Ciudad “sana” o “escaparate” (políticamente correcta)

DE LA TEORÍA URBANA DE LA IMPRONTA CULTURAL A LA TEORÍA DE LA CONVERGENCIA IDEOLÓGICA

Por debajo de todas estas transformaciones urbanas visibles a flor de piel, yace a nivel subcutáneo todo un cambio de planteamientos teóricos en torno a las lógicas de las dinámicas urbanas contemporáneas, que compiten entre sí por ofrecer la mejor versión explicativa de lo que acontece en la ciudad. Estos modelos explicativos abarcan desde el extremo de la tradicional “teoría de la impronta cultural” a la novedosa “teoría de la convergencia ideológica”. La cuestión a dirimir entre estos enfoques consiste en desentrañar, en nuestro caso concreto, si el Barrio Chino de Barcelona pertenece al ámbito de la cultura urbana, entendido como un lugar singular e identificable a nivel local, o si por el contrario se asocia al ámbito de la ideología urbana, y por tanto traducible a los códigos de un espacio homologable en función de las lógicas del urbanismo global.

La antropología urbana clásica, la “vieja escuela” de orientación culturalista, abordó el estudio de la ciudad tratando de descubrir su singularidad cultural, de tal modo que desde esta perspectiva no se debía hablar de Ciudad sino de ciudades, cada una con sus propias lógicas urbanas. Desde tales pronunciamientos teóricos, y durante bastante tiempo, el trabajo de asfalto de los antropólogos urbanos ha consistido, y sigue consistiendo, en desvelar la identidad específica de cada ciudad o barrio, expresada desde los términos significativos de sus propios habitantes, en una suerte de versión *emic*, haciendo para ello uso de una metodología etnográfica orientada hacia los métodos cualitativos y centrada en el contexto específico de cada una de las realidades urbanas analizadas. Con esta intención, se trata(-ba) de extraer aquellos referentes particulares que hacían a una ciudad o a un barrio completamente diferente a cualquier otro, dado que se entendía que el hecho de vivir en ellos constituía una experiencia única para sus ocupantes. En palabras de María Cátedra (1997), “se trata de aprehender la esencia de una ciudad a partir de determinadas imágenes representativas, resumir su ethos dominante o capturar las peculiaridades del proceso cultural urbano”¹⁰.

Este empeño de carácter romanticista e historicista por captar la esencia del *ethos* urbano, resaltando los atributos singulares en cada ciudad, ha sido unos de los proyectos que guiaron a la antropología urbana en su versión más clásica, de tal modo que siendo todas ciudades (París, Berlín, Madrid, Toledo, Ávila, Elche, Alicante, Linares, Baeza,...) ninguna es igual a otra, pues cada una cuenta con sus tradiciones singulares, sus historias locales, su propio santoral, sus festividades diferenciadas, su trama urbana, sus particulares lógicas simbólicas sociales, políticas y económicas de hacer ciudad, en definitiva, unos imaginarios

¹⁰ El texto de María Cátedra, ‘Un santo para la ciudad’, (1997), editorial Ariel, Barcelona, se enmarca dentro de esta lógica antropológica, y comienza con el discurso de un sermón catedralicio, definiendo con ello el marco teórico de la impronta cultural, dentro de las líneas de investigación de la “tradición de la antropología simbólica y política (...) en un intento por mostrar cómo se construye simbólicamente una ciudad”. Como la autora expone, “no podemos separar de Ávila su concepto de vida, su vivencia en el tiempo,(de sus recuerdos)... de esa memoria somos lo que somos y lo que podremos ser; es la memoria de la piedra... es la memoria de las cosas pasadas...” . Y prosigue: “Al comenzar mi estudio de Ávila comprobé que a la ciudad se la definía con una serie de lemas o etiquetas: las más conocidas eran la ciudad de las murallas y la ciudad de los santos (...) – la guerra y la mística – se han considerado los polos de la esencia castellana, el ethos de la región. Pero Ávila era también la ciudad de los caballeros (...); y por último la ciudad del rey; que implicaba el contexto exterior y más amplio como marco regional y nacional. (...) Mi propósito era analizar la experiencia que proporciona a los habitantes de la ciudad del pasado y del presente. A través de estas categorías he intentado investigar cómo un medio urbano dado afecta a la cultura, percepciones, actitudes, creencias y valores de sus habitantes. En la dinámica de la identidad de grupos y colectividades se aprecia la creación de símbolos comunes que, aunque aparentemente se basan en la tradición, suelen ser nuevas creaciones. O por el contrario se utilizan viejos símbolos con viejos significados. En este libro pretendo precisamente mostrar por qué Ávila es la ciudad de los santos a través del estudio de su primer santo”.

ciudadanos compartidos por la mayor parte de la población que habita cada uno de los núcleos en donde reside habitualmente. En esta apología de la diferencia cultural se trata(-ba) de entender a la ciudad en singular, profundizando en las distinciones que hacen a una ciudad incomparable e irreductible a todas las demás, entrando para ello en sus repertorios más originales. Esta misma perspectiva, aplicada desde el cine y la literatura, es la empleada por la cámara de Guerin o por la pluma de Montalbán en sus respectivos empeños de describir y desentrañar la esencia cultural de un barrio como el Chino, traduciendo a dichos códigos las impresiones de sus propios vecinos.

En síntesis, el estudio de la ciudad clásica desde la antropología también clásica, juega con las claves de las distinciones culturales de un núcleo urbano a otro, entresacando aquellos referentes o elementos que hacen de la ciudad en concreto un “lugar” único, singular, original, especial, excepcional, inigualable, distinguible, particular, irreplicable,... Ello implicaba, en suma, trasladar el modelo etnográfico del estudio de comunidad al escenario urbano, re-convirtiendo el “trabajo de campo” tradicional al quehacer del “trabajo de asfalto” moderno. Los límites de esta perspectiva culturalista para explicar las actuales lógicas urbanas son exactamente los mismos con los que se tropiezan cineastas, escritores y actores del Barrio Chino, que no es otro que la impresión cualitativa de que las singularidades de estos espacios barriales son cada vez menos distinguibles, perdiendo el peso de aquellos rasgos específicos que los hacían distinguibles de otros, para acumular unos caracteres genéricos que van convirtiéndolos en espacios crecientemente desalmados.

Como sucede con la ley del péndulo, la antropología urbana, en su modalidad clásica o cultural se reconvierte en una nueva variante subdisciplinar desde la que traducir la realidad urbana, ahora en clave ideológica. El eclipse de las culturas particulares y el triunfo de una misma ideología genérica basada en la lógica del mercado, se traduce en una determinada lógica de producción del espacio urbano. En este nuevo empeño teórico, la atención o el interés de los etnógrafos se desvía ahora hacia el objetivo de desvelar los elementos recurrentes y constantes que se repiten en la ecuación urbana, independientemente de los referentes particulares propios de cada ciudad, destacando las analogías, las similitudes, los parecidos, las equivalencias, aquello que en la observación entre una ciudad y otra aparece como genérico, aquellas dinámicas que hablan de un estilo de vida común inherente al urbanismo moderno, eludiendo entrar en las variantes urbanas generadas por la diversidad ciudadana generadas a lo largo del tiempo y a lo ancho del espacio.

Desde esta óptica teórica, a medida que las ciudades o los barrios crecen se vuelven igualmente más parecidas unas a las otras. En cualquiera de ellas pueden observarse los mismos centros comerciales, los mismos estilos edificativos, las mismas aportaciones arquitectónicas, las mismas avenidas, las mismas redes viales, las mismas rotondas, las mismas placetas con los mismos motivos ornamentales o lúdicos, incluso las mismas gentes cuyos ritmos vitales vienen marcados por las cadencias de los semáforos y los horarios de apertura de los establecimientos de consumo o de producción. El mismo edificio, con unos pocos ajustes relativos al emplazamiento, puede erigirse en cualquier parte. Todas estas caras del poliedro de la vida urbana o barrial, se viene a decir desde esta perspectiva teórica, son expresiones particulares de un mismo proceso general, impulsado por las crecientes dinámicas de convergencia y homologación dentro del macro-contexto de un mundo cada vez más globalizado. Con el triunfo de tales lógicas en el campo de lo urbano se acaba perdiendo el carácter único de cada “lugar”, de cada barrio, de cada ciudad, ese *genios loci* que era el caldo de cultivo de lo distintivo, de lo singular, y en cualquier caso las excepcionalidades sobrevivientes al imperio de la uniformidad urbana tiende a ocultarse a la visión cotidiana a medida que se elevan los rascacielos.

Como era de esperar en esta nueva perspectiva hacia lo urbano-genérico prevalece la predilección por los métodos etnográficos de orientación más paramétrica, estadística o cuantitativa, desde una mirada analítica de tipo *etic*, esto es, desde los marcos de definición establecida por la teoría general, sin contar apenas con los discursos y las prácticas de los actores sociales que participan en la vida de la ciudad, que permanecen “mudos” ante la palabra del investigador que los observa y los piensa desde unos prismas ya cristalizados.

Dentro de la antropología urbana, esta visión teórica ha estado alimentada intelectualmente por las aportaciones ofrecidas a finales de los 70 por el etnólogo francés Marc Augé¹¹ con

¹¹ Desde la teoría antropológica de la convergencia de Augé, el autor plantea un reflexión crítica de la tendencia creciente hacia la proliferación de los ‘no-lugares’, que se extiende como una mancha de aceite hacia los cuatro puntos cardinales del planeta, pero esta resistencia personal a dejarse llevar por la inercia de los acontecimientos no impide que el autor utilice la lógica de la estandarización para explicar la unidireccionalidad de las dinámicas sociales urbanas, cada vez más anónimas e impersonales, ni propone ninguna reacción para escapar de un aparente callejón sin salida. Se limita, en cualquier caso, con resignación, a denunciar el avance de un proceso inexorable ante el cual no existe escapatoria alguna. Así son y serán, vendría a afirmar, las ciudades que estamos construyendo en la contemporaneidad. La exitosa entrada de los postulados de Augé en la antropología urbana de los años 80 proviene de ideas fermentadas fuera de la disciplina, de influencias externas avaladas por una teoría sociológica convenientemente etnologizada, pero sin un filtraje etnográfico demasiado exigente, esto es, sin apenas contrastación empírica entre el modelo teórico y la realidad. En este sentido, Augé inventa poco, pues sus tesis no son demasiado originales sino que

su teoría de los “no-lugares”, heredera directa de los planteamientos del filósofo alemán Georg Simmel, cuyas originales reflexiones, a principios del siglo XX, fueron desarrolladas en los años 30 en el campo del urbanismo por el sociólogo norteamericano Louis Wirth, encuadrado dentro de la Escuela de la Ecología Humana de Chicago. Unas líneas de pensamiento que en el terreno de la arquitectura y del urbanismo contemporáneo tienen su mayor exponente en la figura del “diseñador-estrella” Rem Koolhaas¹², y su apoyo incondicional hacia la utopía de la ciudad genérica.

Un espacio genérico es un espacio fluido, o de flujos de libre circulación, que favorece la movilidad de capitales, mercancías, información, trabajadores o visitantes, minimizando la resistencia al traslado de un espacio a otro, de tal modo que los comportamientos urbanos tiendan hacia el nuevo término acuñado del coeficiente del “lastre cero”¹³, un nivel óptimo en donde los individuos flotantes en el espacio se hallan libres de compromisos, obligaciones o ataduras emocionales. El transeúnte sería el ciudadano perfecto que aparece reflejado en la película *Up in the air*¹⁴, interpretada por el polifacético actor George Clooney que se pasa la vida subiendo y bajando de aviones de un punto a otro del globo. Aeropuertos, puertos, estaciones, autopistas, circunvalaciones,... pero también centros comerciales, parques temáticos, espacios de consumo de ocio y mega-ocio,... son los escenarios urbanos privilegiados dentro de esta perspectiva en donde la gente transita sin encontrarse, sin reconocerse, sin conocerse, sin conectarse en el espacio de los “no-lugares”, ajenos a la producción de relaciones sociales. Un urbanismo convergente que genera una ciudad genérica en donde cada vez se excluyen los lugares que constituían lugares de arraigo o anclaje que generaban relaciones sociales, tales como las plazas públicas, los mercados, las barriadas, las parroquias, los centros culturales, las asociaciones de vecinos, o hasta el bar de la esquina,. En coherencia con sus lógicas urbanas, las ciudades genéricas construyen individuos genéricos, movilizables allá donde broten ofertas del mercado laboral, individuos sin ataduras ni arraigos personales, sin costes añadidos de arrastre. Se trata de alcanzar el mayor cambio espacial posible al menor coste personal asumible. La ciudad formada por relaciones sociales personalizadas abre paso a la ciudad

beben de las fuentes teóricas de una sociología generalizante. Su mérito consiste en haberlas traspasado de la sociología a la antropología, confundiendo la parte por el todo, pues el proceso de ‘no-lugarización’ es menos determinista de lo que se observa en el campo de la investigación etnográfica.

¹² Koolhaas, Rem. (2006). La ciudad genérica. Editorial Gustavo Gili mínima. Barcelona.

¹³ Citado por Bauman, Zygmunt (2007). Vida de consumo. Ed. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, pp. 22, haciendo referencia al texto de Russell Hochschild, Arlie (1997). *The Time Blide: When work becomes home and home becomes work*. Nueva York, Henry Holt, pp. xviii-xix.

¹⁴ Dirigida por el realizador Jason Reitman y estrenada en 2009.

constituida por una nube de puntos individuales impersonales de relaciones transitorias y efímeras. Este tipo de espacios urbanos podría parecer un campo estéril para plantar la semilla de la participación ciudadana, si no fuera porque las redes sociales cibernéticas también demuestran ser un terreno fértil para potenciarla en ocasiones.

La gran ventaja de los espacios genéricos o “no-lugares”, como los denomina Augé, radica en que la homogeneidad espacial y social, de las formas y contenidos urbanos, favorecen la adaptación inmediata con el mínimo esfuerzo de un transeúnte que se mueve constantemente, en contraste con el gran esfuerzo invertido por el viajero que a la hora de introducirse en un “lugar” debía conocer a fondo sus propios códigos culturales. De este modo, pasar de una ciudad a otra, sin asombros, sin extrañamientos, vendría a ser como entrar en cualquier hipermercado, en donde todo se encuentra clasificado en estantes convenientemente homologados sin necesidad de tener que cruzar ni siquiera una palabra con ningún desconocido, pues compartir el mismo espacio implica pensar con las mismas lógicas. En la ciudad de la impersonalización, la participación desaparece del horizonte urbano, pues la implicación en la vida del barrio, por ejemplo, exige de vivencias enredadas, de compromisos personales, de memoria colectiva y de destinos compartidos. Y es que participar exige convivencia, y las convivencias precisan de tiempos, que es justo de lo que carecemos, de tal modo que la falta de tiempos es el principal agente desmotivador de la participación ciudadana.

Desde la Universidad de Barcelona, siguiendo los planteamientos teóricos de Augé, pero desde una mayor complacencia hacia el desarrollo de la convergencia urbana, Manuel Delgado profundiza en esta línea de pensamiento de la antropología de los “no-lugares”, de los “espacios del anonimato”, de la “ciudad líquida”, de las “disoluciones urbanas”, de la “sociedad sin asiento”, de lo que califica, en suma, como “sociedades movedizas”... y de las ventajas que reporta vivir la ciudad sin necesidad de convivir, de las posibilidades actuales que goza el ciudadano para ejercer su libertad individual sin limitaciones externas y sin sometimiento a la presión moral del grupo social.

En este sentido, cabría afirmarse que la realidad del Barrio Chino de Barcelona, dejó de explicarse desde las pautas teóricas del culturalismo para irse situando progresivamente entre las coordenadas teóricas de la convergencia ideológica, dentro de las dimensiones de un urbanismo cuyas lógicas se integran dentro de la ciudad genérica. En esta lucha barrial,

las dinámicas de asimilación acabaron imponiéndose finalmente sobre los procesos de resistencia, dando cuenta ello de una micro-mutación antropológica del espacio y sus habitantes.

EL BARRIO DE EL CABANYAL DE VALENCIA: UN CASO DE RESISTENCIA URBANA

Somos cada vez más los que deseamos con urgencia la aparición de grandes utopías que cambien el estado de las cosas, dejándonos arrastrar incluso, si llega el caso, por grandes relatos mesiánicos, como fueron aquellos que hicieron ganar a Barack Obama las elecciones presidenciales norteamericanas de 2008. Pero generalmente, los cambios deseados nunca llegan por esta vía de la retórica, que acaban sumiéndonos en la más terrible de las impotencias. Si seguimos albergamos la esperanza de que regresen los tiempos de las grandes revoluciones frente a las grandes estafas de los intereses económicos y políticos, también mantenemos vivas las ilusiones de que las micro-transformaciones silenciosas hagan cambiar día a día la aciaga realidad que nos ha tocado vivir. En el caso que nos atañe, la revolucionaria utopía de la ciudad habitable y razonable acabó evaporándose con la progresiva anorexia económica de un Estado del Bienestar sometido a las crecientes dietas de la economía neoliberal. Es a escala micro-urbana, a través de la suma de muchas pequeñas acciones, la forma en cómo puede construirse la utopía por ejemplo del barrio, o la utopía de la escalera, de esa mediana o pequeña comunidad de vecinos, basadas en proyectos de base participativa.

Esto es lo que nos viene a enseñar la experiencia vecinal de un barrio como El Cabanyal, uno de los casos ilustrativos de palpitante actualidad en donde un espacio popular se resiste a ser ideologizado o domesticado por las lógicas especulativas del mercado inmobiliario. Narrar la historia de este antiguo poblado marinero hasta ser absorbido por la ciudad de Valencia en su expansión del Turia hacia el mar, y sus problemáticas en el presente, es un largo e interesante recorrido que aquí no podemos desarrollar en profundidad, salvo el reflejo de unas meras líneas testimoniales.

El Cabanyal es uno de los poblados marineros cercanos a Valencia, aun fuera de la ciudad, que surge en el año 1722, ya con sus calles paralelas a la orilla, generando un tejido singular y una construcción popular: primero de cañas y adobe, con visos mediterráneos, y luego de

eclécticas arquitecturas modernistas, en una traducción constructiva también de signo particularista. A finales del siglo XIX, este poblado marinero comenzó a estar asociado a las colonias veraniegas que los burgueses de Valencia habían establecido en la playa, conviviendo durante unos meses al año en un conglomerado donde se mezclaban casas de estilo colonial y modernista, con motivos *art decó*, junto a los balnearios y termas, y todo ello junto a con miserables barracones a modo de infra-viviendas en los que aun habitaban los descendientes de antiguos pobladores. Hace poco más de cien años aquel poblado pasó a convertirse en un barrio integrado en la ciudad de Valencia, a medida que ésta se iba extendiendo hacia la playa de la Malva Rosa. El Cabanyal ha sido pues un pueblo hasta finales del siglo XIX, y luego un barrio con gran cohesión social.

Aquel entramado de pescadores, marineros y burgueses de la capital proporcionó mucha materia prima a Eduardo Escalante para sus sainetes valencianos y a Vicente Blasco Ibáñez para sus dramas naturalistas, al estilo de su maestro Zola, inspirándose en este pueblo pesquero. En el campo del arte pictórico, resaltan las escenas costumbristas de Joaquín Sorolla dibujando a unos bueyes tirando de la barca en medio de las olas para arrastrarla hacia la arena, o las escenas del pintor José Navarro, que supo captar la luminosidad del paisaje levantino. La vida de estos artistas está indisolublemente ligada al barrio, y algunos de ellos vivieron una buena temporada en sus viviendas. En la zona a derribar por los nuevos planes de construcción promovidos por el actual consistorio valenciano presidido por Rita Barberá, se encuentra la Casa dels Bous, característica por su reloj de sol en la fachada, antiquísimo y hoy muy deteriorado, que eran los establos de los bueyes que tiraban de las barcas para sacarlas del agua. El derribo de estos significa borrar no sólo la memoria colectiva del barrio y de sus gentes, sino desterrar también de la realidad a una buena parte de la valencianidad.

Por todas estas razones, El Cabanyal fue declarado primero Conjunto Histórico-artístico, y luego Bien de Interés Cultural (BIC) en 1993 por la Comunidad Valenciana que presidía por entonces el socialista Joan Lerma. Estamos ante un barrio de calles estrechas y casas bajas que son el testigo de un pasado marinero y del modernismo popular. Fachadas de mampostería y azulejos, muros pintados, puertas pegadas de vecinos,... que sólo se entiende como un todo unido de una parte del universo urbano valenciano, en donde el arraigo, las redes vecinales y la lógica de la reciprocidad tenían pleno sentido. Todavía a mediados de los años 90 la gente hablaba de El Cabanyal como un barrio tranquilo, como un pueblo, donde la gente salía de casa sin cerrar la puerta. “La calle de San Pedro era

fantástica. En verano salíamos con la sillita a cenar, y de una mesa cogías un trozo de tortilla y de otra, una clóchinas¹⁵, recuerdan algunos vecinos con nostalgia. Sin embargo, el panorama descrito por los propios ocupantes ha cambiado mucho en la actualidad. La degradación urbana y la marginación se han apoderado de muchas calles de El Cabanyal, un barrio popular del que durante años han pasado de largo las inversiones públicas del consistorio municipal, más (pre-)ocupado por reestructurar el centro urbano que sus periferias.

Lo que nos interesa explicar de la forma más breve y concisa que se pueda, es el origen del detonante provocado por el plan de actuación urbana municipal, el PEPRI (Plan Especial de Protección y Reforma Interior), que activó el hecho de que un movimiento vecinal se transformara en plataforma de movilización en defensa de la preservación de El Cabanyal en todo su conjunto, sin alterar la identidad del barrio, o al menos con la menor alteración posible. Una resistencia que a lo largo de casi 14 años ha mantenido en vilo y dividida a la opinión pública, a las fuerzas políticas, a las instancias jurídicas, a las distintas facciones arquitectónicas y urbanísticas, o a los diferentes colectivos intelectuales de la ciudad de Valencia.

Ya en 1996 comenzaron a surgir las primeras protestas vecinales, recogándose firmas en contra de cualquier opción a los derribos. La cosa empezó a empeorar a finales de los 90, coincidiendo con la aprobación municipal en 1999 del Partido Popular (PP) con Rita Barberá al frente en mayoría absoluta, con el voto en contra de los partidos de la oposición y la crítica de los arquitectos, de la prolongación de la avenida de Blasco Ibáñez, que debía unir, en línea recta y atravesando el corazón del barrio, el centro de la ciudad con la playa. El plan exigía la demolición de 450 inmuebles que comprende a unas 1.651 viviendas y un total de seis manzanas, en la zona central del BIC, partiendo el barrio en dos, prolongando la avenida de manera lineal y brusca.

En Valencia existe la vieja aspiración barajada por otros responsables municipales a lo largo del siglo XX de abrir una vía amplia entre el centro de la ciudad y la playa urbana, un amplio bulevar. Un plan que siempre había chocado con un problema estructural: El Cabanyal. Para el Ayuntamiento, el cumplimiento de esta pretensión permitiría revitalizar la zona. Con la voluntad férrea de llevar a cabo este proyecto urbano, la alcaldesa, Rita Barberá, exhibe a su favor la fuerza de los votos y de la mayoría absoluta del PP,

¹⁵ Mejillones valencianos.

destinando más de 300 millones de euros para financiar la operación previendo dotaciones socioculturales, deportivas, zonas verdes y viviendas nuevas, como promesa de regeneración económica, urbana y social del barrio, con la convicción de que el plan de prolongación será la solución para el barrio.

El proyecto de ampliación fue paralizado mientras el Tribunal Supremo resolvía un recurso de casación interpuesto por los vecinos, que consiguieron retrasar durante años la ejecución de las obras en un enfrentamiento de resistencia enconada por parte del movimiento vecinal, a pesar de que durante un buen tiempo el PP fue la formación más votada en el Barrio. A partir del 2004, los partidos de la izquierda recuperaron su mayoría tradicional, y convirtieron El Cabanyal en un símbolo político valenciano contra las políticas de la derecha, de tal modo que desde fuera empezaron a llegar apoyos a los de adentro. Una ayuda que habría que tomarla con cierta cautela, pues son los intereses partidistas los que introducen la política en el escenario de los movimientos sociales participativos, con lo cual se corre el riesgo de politizar lo que nació dentro de las lógicas de la solidaridad vecinal.

Como respuesta del Ayuntamiento se imponen una serie de medidas, que incluyen la negación de conceder licencias de rehabilitación en el barrio dejando “pudrir” la zona para que los vecinos vendieran sus casas y fueran yéndose del barrio. Incluso el propio Consell, en 2004, modificó la ley de Patrimonio para poder intervenir en una zona declarada BIC, o derribar la histórica Lonja de El Cabanyal, ubicada frente a la plana de la Malva-rosa.

Mientras llegaba la decisión judicial, los vecinos comenzaron a ser intimidados, un episodio relativamente frecuente en las fases previas de los procesos de *gentrificación* urbana. Ciertos colectivos gitanos, con quienes hasta entonces los vecinos habían tenido una buena convivencia, ocuparon algunas casas abandonadas, hicieron hogueras y pasaron a vender droga. Evidentemente, no eran los gitanos del barrio sino otros “llegados” o “traídos” de fuera, según relatan los vecinos. El barrio comenzó a degradarse rápidamente y los escenarios positivos dieron lugar a los imaginarios negativos. Tanto es así, que de los 17 “puntos negros” por venta de drogas o inseguridad localizados en la ciudad de Valencia, 12 de ellos se encuentran en la zona de El Cabanyal, concretamente en la zona destinada a derribarse para dar paso a la prolongación de la avenida de Blasco Ibáñez.

Durante este tiempo, muchas casas se han ido deshabitando, por muerte, debido a la vejez de sus inquilinos, o traslado de los ancianos con sus familiares. Entre estas, bastantes

viviendas han sido compradas por la Sociedad Municipal Cabanyal 2010, y en otros casos los vecinos antiguos tienen derecho a comprar una vivienda de protección oficial (VPO) de la mencionada Sociedad debiendo acogerse a una hipoteca, o a un alquiler barato como alternativa para aquellos que no puedan pedir un préstamo hipotecario. En caso de expropiación, el precio que el Ayuntamiento paga por una vivienda se fija en 38.600 euros, muy por debajo del valor de mercado, aunque el importe depende de la zona en cuestión. Los vecinos se quejan de los bajos precios satisfechos por Cabanyal 2010. Pero también es cierto, que mucha gente mayor no quiere irse ni vender, pues “si nos sacan de aquí nos matan”. Estas personas mayores que se resisten a vender, representan más la excepción que la regla. “Me dijeron que si quería vender la casa, ellos me la compraban, pero al responder que no, me contestaron que si no la quería vender estaba en mi derecho, pero que me la iban a expropiar igual”, expresaba un vecino del barrio.

En este momento, el barrio empezó a deslizarse por la pendiente de la degradación urbanística y económica, dividiendo internamente a los vecinos entre aquellos que no querían seguir viviendo en una situación cada vez más degradada, rodeados de suciedad y droga, y aquellos que se pronuncian contrarios al plan clamando y reclamando aquello de que “no se puede permitir que el barrio continúe deteriorándose”, en unas condiciones de salubridad, seguridad, servicios,... que comenzaron a ser mínimas para los vecinos. Existen incluso determinadas calles que se han vuelto peligrosas e insalubres, y la entrada en el barrio de nuevas familias gitanas que corren el riesgo de la marginación y el trapicheo de drogas. Las voces que se escuchan en la calle son las de aquellos que observan que en vez de dar ayuda a la gente para remodelar las casas se deja que el barrio se pudra: “están enmararrando el barrio para que la gente se vayan”, insiste un jubilado. Igual que lo ocurrido en otros barrios populares, la degradación de El Cabanyal se ha debido a la escasa inversión pública y a los derribos improcedentes, pues nunca había sido una zona degradada hasta la decisión de la alcaldesa de Valencia de “expropiar” el barrio, tal y como lo definen algunos vecinos, para impulsar un “proyecto especulativo”. En tales circunstancias, los ocupantes del barrio, están sometidos a la disyuntiva de elegir entre derribos y marginación.

Opción A: la lógica de la asimilación***Vender, destruir y reconstruir***

De los 300 millones de euros aplicados al plan, a la altura de enero de 2010 sólo se habían invertido 46,4. Con este dinero se ha comprado una cuarta parte de las más de 1.600 viviendas que quiere demoler. Con la amenaza de la expropiación forzosa, y la retribución a un precio mucho menor, muchos vecinos han cedido a las presiones y han aceptado los términos establecidos por el Ayuntamiento, dividiendo la posición de los inquilinos entre detractores y defensores de la ampliación. La cohesión social del barrio se ha roto: ahora los de una parte quieren que tiren las casas de los de la otra parte. Y en este proceso, quienes venden por 50.000 euros a regañadientes se van a vivir a otra parte, a donde pueden y les permiten sus escasos recursos económicos.

Al albur de estos incentivos, existe una parte de los vecinos que se declaran partidarios de que se prolongue la avenida lo antes posible, en una defensa del plan, más por resignación que por convicción. La plataforma vecinal *Si Volem*, surgida en los últimos meses (febrero 2010) se declara a favor de la prolongación, “porque ya aquí no se puede vivir”. Tal como expresan, sin faltarles ni un ápice razón:

“Vivimos en una cloaca”; “Es una inmundicia lo que hay aquí”; “Con el estado de degradación en que se encuentra el barrio, los niños no pueden salir a jugar a la calle de toda la gentuza que hay”; “Estamos asustados”; “Estos derribos no son para volver a edificar y hacer negocio. Son simplemente para que los autobuses de la EMT¹⁶ lleguen a la playa,...”

Estos son algunos de los comentarios de aquellos vecinos que optan por vender la casa y salir del barrio. Para éstos no hay otra salida posible. Desde esta perspectiva, muchos de los habitantes de El Cabanyal no están por la labor de seguir luchando por el barrio, y prefieren el camino más fácil, que es vender e irse, dejando atrás un modo de vida, un pasado, y unas relaciones generadas a través de la convivencia en el vecindario. Irse con pena, con dolor, con nostalgia, dejando atrás muchas vivencias, pero irse, al fin y al cabo, porque ya no se puede vivir en un barrio tan degradado. De ser así, estas inercias los llevarían directamente a repetir las consecuencias sufridas en el Barrio Chino de Barcelona. Por fortuna, existen otras salidas.

¹⁶ Empresa Municipal de Transporte de Valencia.

Opción B: la lógica de la resistencia***Quedarse, rehabilitar y revitalizar***

Frente a la parálisis descrita por parte de la acción vecinal, las movilizaciones de protesta espontáneas se hicieron presentes hasta que acabaron por desbordar a la asociación de vecinos de El Cabanyal-Canyamelar y Pavimar, la otra entidad vecinal del barrio, para desembocar en la creación de la plataforma “Salvem el Cabanyal” en 1998, con la celebración de tres cenas populares en el barrio. Se trata, comenta un miembro de la asociación, de un “movimiento no jerárquico, muy dinámico que siempre ha sido una esponja, que ha ido sumando gente e ideas para hacer cosas (...) en donde la visión social siempre ha ido por delante”, abanderando la defensa de la gente que no quiere abandonar el barrio, gente en muchos casos con pocos recursos o de avanzada edad, sigue explicando en un discurso de resistencia frente a la inevitabilidad del discurso municipal. En otros casos, las casas no se venden porque para sus ocupantes tienen mucho valor pero no tienen precio, y dado que se les tiene aprecio afectivo no entran dentro de las lógicas del mercado inmobiliario. La vivienda no se deja tasar por criterios cuantitativos (el coste del metro cuadrado), sino por criterios de índole cualitativo (el sentimiento de pertenencia a un lugar experimentado como algo propio a lo que no se quiere renunciar).

El hecho de que los planes urbanos del Ayuntamiento no se hallan ejecutados desde que se aprobó en 2001, hasta hoy, se debe, en buena medida al tesón de la plataforma ciudadana “Salvem El Cabanyal”, que desde el barrio ha combatido el proyecto en los tribunales, secundada por una asociación de vecinos que no se cansa de denunciar la degradación de El Cabanyal. La asociación ha puesto el acento en exigir la rehabilitación e inversiones para mejorar el barrio. A esta asociación se fueron sumando paulatinamente vecinos y comerciantes del barrio en oposición al PP.

Desde entonces se vienen organizando una serie de iniciativas tales como la edición anual de Portes Obertes, en la que decenas de vecinos participan mostrando sus casas y abriéndolas a una exposición de obras de arte que cuelgan de sus paredes, pues como reivindica la portavoz de la plataforma: “La cultura ha sido una vía importante para visualizar el problema del barrio y resaltar su vertiente de conjunto histórico”. Con

imaginación, la plataforma ha vinculado la movilización ciudadana con el arte, y este con la especificidad del barrio.

La asociación vecinal “Salvem el Cabanyal” se puso al frente de las iniciativas encabezando una lucha y resistencia que no ha sido fácil, denunciando la dejación de obligaciones por parte del ayuntamiento y exigiendo sus derechos ciudadanos, a través de recogidas de firmas, en materia de seguridad ciudadana, en la limpieza de las calles, en el baldeo de las mismas, en el vallado de los solares de propiedad municipal. Para los portavoces de la plataforma, el Ayuntamiento ha permitido y hasta provocado esa degradación del barrio, “dejando que la calle se vuelva marginal”, mientras ha estado esperando la bendición de los tribunales para seguir desarrollando el plan. Se acusa pues al Ayuntamiento de permitir y apoyar la ruina del barrio para imponer sus directrices desde arriba sin tomar en consideración las voces de los habitantes del barrio.

Pero el desánimo también hace mella entre los vecinos más comprometidos con la causa de El Cabanyal. Movilizar a los residentes sólo da trabajo y la falta de respuesta frustración: “Desde hace algún tiempo ya sólo nos concentramos para resistir, aunque ya resistir es triunfar”, decía uno de los socios allá por el 2004. A pesar de todo, la lucha sigue en pie, y de la resistencia se ha pasado al contraataque. La plataforma hoy ya no está sola ante el peligro y el gobierno central a través del Ministerio de Cultura tomó cartas recientemente en el asunto paralizando a través de una orden administrativa el plan del Ayuntamiento apoyado por la Generalitat. El problema vecinal se derivó a partir de entonces en una cuestión de enfrentamiento político a alto nivel. Hoy las espadas siguen en alto, pero parece abrirse un marco de negociación en donde es posible que el consistorio valenciano se preste a escuchar las reivindicaciones vecinales. Pero este ya es otro capítulo que en otro momento podría relatarse con mayor profundidad.

La cuestión última a resolver es si una Administración Pública como la valenciana, en este caso en particular, pero en otros muchos en general, puede desalojar a toda una población vecinal esgrimiendo como argumento el beneficio en aras de unos supuestos intereses generales para la mayoría de los ciudadanos, a costa de negar el derecho al propio espacio de una minoría.

Sin embargo, no es el interés general el que se defiende desde el ayuntamiento sino los intereses particulares de los especuladores en una zona en la que se detectan oportunidades de negocio dentro de lo que ha sido denominada como “cultura del pelotazo”. Tales intereses se amplifican hacia la sociedad a través de la manipulación informativa de ciertos medios de comunicación que amparan las lógicas del urbanismo de mercado, justificando lo que la Escuela de Chicago legitimaba teóricamente en los años 30 del siglo pasado, aportando un aval sociológico y “científico” de los procesos de competición en el suelo urbano, sobre el que se aplicaba la “ley del Oeste” del más fuerte.

El principio democrático del derecho de la mayoría, que es el derecho que abandera el consistorio valenciano, no es sino una retórica que esconde tras de sí el derecho del más fuerte. Quizás si nos salimos de este contexto para introducirnos en otro bien distinto podemos verlo con más claridad. En otro tiempo y en otro espacio los mismos argumentos que hoy se esgrimen para desalojar a los vecinos de El Cabanyal permitieron la ocupación de las tierras indígenas por los colonos blancos que, en su avance hacia el Oeste expropiaron a los indios del suelo de sus ancestros. El nuevo título de propiedad elaborado por los nuevos ocupantes era lo que otorgaba valor al derecho de la tierra justificando su tenencia, y ya no los muertos enterrados en ella. Con estos nuevos criterios, introducidos por la parte dominante sobre la dominada, se fueron arrancando las tierras de sus antiguos ocupantes, los ahora desterrados, de tal modo que para los nuevos colonos el lugar de los indios se hallaba en la reserva. Frente al principio del ocupador, el principio del ocupante reclama el beneficio del enraizamiento, del anclaje, de la ligadura al lugar. En este sentido, el derecho del morador más antiguo legitimaba la ocupación indígena frente a la conquista del colono, un derecho “natural” que no podía ser respetado si éstos pretendían arrebatarse las tierras a los otros. Nace en este momento la imagen del indio malo que no es sino la del indio ultrajado, expulsado de sus tierras sagradas donde yacían sus recuerdos, sus ancestros y sus dioses. ¿Será que no hemos avanzado nada desde entonces? ¿Será acaso que los habitantes del Barrio Chino o los del Cabanyal son nuestros indios contemporáneos? ¿Cuántos “vagabundos” sin tierras han sido expulsados de sus lugares de vida?

LA TEORÍA DE LA HIBRIDACIÓN ENTRE CULTURA E IDEOLOGÍA Y LA NUEVA ANTROPOLOGÍA URBANA

Si el Barrio Chino avanza hacia las lógicas ideológicas de la ciudad genérica e indiferenciada en un claro proceso de *gentrificación*, los vecinos del Cabanyal reivindican una identidad barrial diferencial frente a los embates de la convergencia urbanística. En consecuencia, para describir lo que acontece en El Cabanyal ya no nos bastan ninguna de las dos teorías utilizadas para el caso del Barrio Chino, pues ninguna de las dos podrían explicar “a ciencia cierta” qué es lo que sucede dentro de este vecindario valenciano.

Aplicado a la escala del barrio o a la dimensión de la ciudad, se propone un nuevo enfoque intermedio entre los dos extremos teóricos citados, la teoría de la impronta y la teoría de la convergencia, desde el que se plantea que ni todo el espacio producido en la ciudad es cultura urbana, ni tampoco todo el espacio construido sería ideología urbana, sino ambas cosas a la vez, si bien en distinto grado según cada caso empírico. En este sentido, El Cabanyal es el resultado derivado del cruce entre elementos culturales e ideológicos que se funden y confunden para dar lugar a un espacio ideológico (que apunta al destino futuro definido en los términos expresados por el consistorio) y cultural (que responde a la reapropiación identitaria del barrio por sus vecinos apelando al pasado y a otro futuro distinto al oficial).

La lógica del cruce genera un espacio híbrido, un barrio *ideológico culturalizado*. Ideológico porque desde sus orígenes históricos el barrio responde a las lógicas espaciales demarcativas entre centro y periferia; culturalizado, porque los referentes internos de El Cabanyal se han vuelto centrales para explicar la vida de sus habitantes. De modo, que ni cultura, ni ideología: el barrio son las dos cosas al mismo tiempo. Y es que toda retórica teórica dicotómica tiende a reducir la ciudad o los barrios a dos únicas dimensiones de las cuales, finalmente, sólo habría de vencer una de ellas, sin más contemplaciones, como si el destino de las ciudades avanzara inexorablemente hacia un extremo u otro, sin que los ciudadanos podamos hacer nada frente a la triste o alegre realidad que nos aloja. Como expone la antropóloga urbana Josepa Cucó (2008): “Pretender encerrar a la antropología urbana en semejante jaula metonímica¹⁷ supone – y nunca mejor dicho – invitarla a un viaje

¹⁷ Lugares culturales y no-lugares ideológicos.

a ninguna parte”. Y es que cultura urbana e ideología urbana, no son términos excluyentes sino complementarios, ya que ambas lógicas co-habitan en el seno de nuestras ciudades.

Por ello, hay antropólogos que divisan la ciudad desde el cambiante rostro de la hibridación, espacios urbanos que son productos de constantes entrecruzamientos entre lo concreto y lo genérico, lo propio y lo ajeno, lo tradicional y lo moderno, el pasado y el presente, lo local y lo global, en una suerte de fusión y con-fusión que al barajarse da como resultado a algo distinto, en forma de mezcolanza, haciendo que lo de siempre acabe pareciendo diferente. Fusiones, hibridaciones, intersecciones, entrecruzamientos, mestizaje... entre lo específico y lo homogéneo son las notas que escriben la partitura urbana, siendo en cada circunstancia y en cada momento, los graves o los agudos los que determinan la composición que se ejecuta en cada ciudad, en cada barrio, en cada edificación. Esto es justamente lo que ocurre con la hibridación urbana, para lo cual se precisa de una metodología completamente distinta a las ya ensayadas, pues hoy el espacio urbano se construye indistintamente con los ladrillos de la cultura y de la ideología, dando lugar a insólitas amalgamas entre lo universal y lo particular, expresadas en distintas combinatorias y proporciones.

El antropólogo Néstor García Canclini (2008), reactualizando la controversia entre los conceptos de “aculturación”¹⁸ (asimilación) y “transculturización”¹⁹ (intersección), propuso en su día el estudio etnográfico de cómo tienen lugar los procesos urbanos en las condiciones de mestizaje en los nuevos contextos glociales, sugiriendo el análisis de la manera en la que las propias comunidades locales participan en la re-definición de las ciudades o barrios en un contexto transnacional. Los hipermercados serían uno de esos ejemplos tan estudiados, en donde espacios que en principio responden a las lógicas

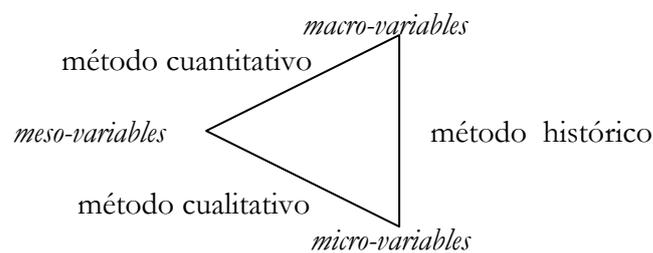
¹⁸ Término utilizado por la antropología funcionalista británica para explicar de una manera unidireccional el cambio social en los encuentros culturales, ejercido desde los colonos hacia los nativos, concediendo así un papel activo a los primeros y un rol pasivo a los segundos. Toda aculturación era consecuencia de una previa desculturización. En este sentido, la teoría de la convergencia sería una derivada re-actualizada del postulado antropológico de la aculturización.

¹⁹ Término utilizado por la antropología americana para dar cuenta de manera bidireccional del cambio social en las experiencias de encuentros culturales, de tal modo que en el contacto entre ambos grupos humanos implicados, ambas partes se entienden como agentes activos que provocan alteraciones sobre el Otro. La teoría de la hibridación sería una versión actual del postulado de la transculturización, formulada inicialmente por Fernando Ortiz, en su texto ‘Contrapunteos cubano del tabaco y el azúcar’(1940), y avalado por el Malinowski, que renuncia teóricamente a las explicaciones dadas desde el punto de vista de la antropología británica. El concepto de ‘hibridación’ de Canclini es teóricamente compatible con el de la ‘transculturización’ de Ortiz.

ideológicas de la rentabilidad pueden ser re-significados culturalmente cuando los transeúntes dejan de serlo para convertirse en ocupantes de un espacio sentido como propio y del cual se apropian, como sucede con esas pandillas de jóvenes que transforman el espacio abstracto en espacio concreto. Obviamente, el centro comercial no dejará de ser escenario inherente a las dinámicas mercantiles, pero la apropiación particular que hacen del mismo las tribus urbanas que lo frecuentan ha producido un nuevo espacio y uso del mismo, distinto del que pensaron los planificadores, un espacio “*ideológico culturalizado*”. En todos estos casos, la re-propiación cultural de los espacios se produce cuando lo social vuelve a primar sobre lo económico. Del mismo modo, también podríamos hablar de espacios “*culturales ideologizados*”, como sucede con las casas vernáculas reconvertidas en hoteles con encanto, y todo ello sin olvidar que pueden existir espacios ideológicos puros y espacios culturales puros, aunque estos últimos cada vez sean menos frecuentes en los actuales contextos urbanos. En estos casos, las lógicas económicas se imponen sobre las lógicas sociales, que acaban siendo reducidas a una mera relación de prestación y pago de servicios, o a una compra y venta de bienes.

Quizás sea interesante recordar un par de recetas dadas por Canclini (2008) para detectar la inmanencia de los procesos de hibridación en la ciudad, ya que los resultados de las investigaciones sobre la cuestión urbana dentro del campo de las ciencias sociales dependerán en buena medida de la escala de observación tomada por el investigador. En clave metafórica, y a tal efecto, viene a describirnos distintas formas de proceder: el antropólogo se desplaza a pie por la ciudad observándola a nivel pedestre, registrando el detalle; el sociólogo lo hace en automóvil, captando sus lógicas en marcha rodada, resaltando los cambios advertidos; el economista la recorre en avión, a vista aérea, anotando las homogeneidades percibidas a ojo de pájaro. De tal modo que cada uno registra lo que ve desde sus propios vehículos disciplinares, o lo que es lo mismo, viendo la misma realidad pero desde visiones o versiones bien distintas entre sí. De entre todas ellas, dirá Canclini, la escala etnográfica de la cercanía es la que permite captar en mejores condiciones los matices de la hibridación, ya que a medida que el observador se distancia de la proximidad de los hechos su mirada empezará a homogeneizar y homologar teóricamente el objeto observado. La segunda idea, que viene a subrayar la primera, viene a decirnos que “mientras que el sociólogo habla de la ciudad, el antropólogo deja hablar a la ciudad: sus minuciosas observaciones y sus entrevistas en profundidad, su forma de estar con la gente, tienden a escuchar la voz de la ciudad” (García Canclini, 1997: 389).

No obstante, cualquiera que sea la bondad de cada una de estas miradas, individualmente siempre mostrarán una visión parcial de la ciudad. Para abordarla en su complejidad y abarcarla en su conjunto se hace preciso la complementariedad interdisciplinar a través de la superposición en distintos planos entre todas y cada una de las escalas *micro* (barrio), *meso* (ciudad) y *macro*-urbanas (lógicas urbanísticas globales). Por ello, y sin quitar un ápice de razón a las sugerencias de Canclini, me atrevería a llevar la hibridación a los distintos enfoques entre sí, con sus métodos y técnicas respectivas, sumándome a la propuesta de Hannerz (1980: 380) de triangulizar los procedimientos cualitativos (etnografía), con los cuantitativos (sociología) y los históricos (historia).



DEL BARRIO A LA CIUDAD: TRADICIÓN URBANA EUROPEA *VERSUS* TRADICIÓN “USAMERICANA”

Entender lo que sucede en un barrio, en nuestro caso el Barrio Chino de Barcelona o El Cabanyal de Valencia, demanda comprender lo que ocurre en el escenario de la ciudad en donde aquellos se ubican, y aun más allá de estos límites, descifrar el marco de las dinámicas urbanas globales, y todo ello desde aproximaciones etnográficas, sociológicas, económicas e históricas. Son los desplazamientos y choques de las placas tectónicas subterráneas entre los distintos modelos urbanísticos en liza, los que propician los derrumbes de barrios enteros como el Chino de Barcelona o los temblores registrados en El Cabanyal de Valencia.

El problema que tenemos con nuestras ciudades en el nuevo siglo XXI es que ya no sabemos lo que son, de tal modo que ante tal indefinición de lo urbano ciertos expertos en la materia están introduciendo conceptos que hablan de la “post-ciudad”, o incluso de la “anti-ciudad”²⁰. De este modo, si para algunos la ciudad tal como la hemos conocido hasta

²⁰ “Que no nos vuelvan a hablar de la ‘ciudad’ y el ‘campo’, y menos aún de su antigua oposición. Lo que se extiende en torno a nosotros (...) es un tapiz urbano único, sin forma ni orden, una zona desolada, indefinida e ilimitada, un *continuum* mundial de hipercentros museificados y parques naturales, de grandes complejos

tiempos recientes “ha muerto”, para otros estamos asistiendo a la emergencia de una nueva modalidad de “lo urbano sin la ciudad”, y por tanto sin ciudadanos, re-convertidos en transeúntes consumidores de espacio, gentes que nacen en una ciudad, se marchan a otra a trabajar y pasan sus últimos días en otra distinta a las anteriores. La pregunta que cabría hacerse a la luz de este nuevo proceso es qué tipo de compromiso implica esta nueva modalidad de vivir la ciudadanía con unas ciudades habitadas en tales circunstancias.

Mucho se ha escrito desde la antropología urbana, desde la sociología urbana, desde el urbanismo, desde la historia urbana, o inclusive desde la arquitectura, sobre el eclipse de las ciudades y la eclosión del urbanismo. En cierto modo, a lo que asistimos es al tránsito del modelo de las “ciudades de arraigo”, en fase declinante asociada al urbanismo de corte europeo, dentro del cual se halla la versión mediterránea²¹, al modelo cada vez más extendido de las “ciudades de flujos”, identificada con el modelo urbano “*usamericano*”, de inspiración californiana.

El contexto urbano contemporáneo occidental sería pues el resultado dispar de la co-presencia de estos dos paradigmas urbanos, que dependiendo de cada situación concreta se manifiestan bien en lógicas excluyentes, bien en lógicas hibridadas, a lo largo de un *continuum*, según la búsqueda de una mayor o menor adaptación a las nuevas dinámicas del mercado global. Si el modelo europeo ofrece un urbanismo más rígido, centrado en la ciudad compacta, poco propensa a los flujos, a los movimientos y a la circulación, y más proclive a la lentitud, la congestión, a los atascos o a los conflictos, el modelo urbano “*usamericano*” se muestra más flexible al flujo continuo de mercancías, capitales, trabajadores e información, a través de una compleja red de capilaridades viarias que se extienden hacia una conurbación bien conectada por donde circulan las mercancías con una mínima fricción espacial, por donde entra y sale el capital sin apegos sentimentales al terruño, en donde los trabajadores siempre están de paso, y en donde la producción de información, a

inmobiliarios e inmensas explotaciones agrícolas (agroindustriales), de zonas industriales y urbanizaciones, de casas rurales (restauradas) y bares modernos: la metrópolis. Ha existido efectivamente la ciudad antigua, la ciudad medieval y la ciudad moderna: no hay ciudad metropolitana (megalópolis). En ella todo cohabita, no tanto geográficamente como por el entramado de sus redes (...). Ya no se puede hablar de ‘la ciudad’, sino de ‘lo urbano’. Ni se puede hablar de ‘el campo’, que ya no existe y los campesinos han sido reducidos a tan poco, sino de el ‘paisaje’ en donde a modo de marketing todo deber ser valorizado o constituido en patrimonio (...). La metrópolis (megalópolis) es la muerte simultánea de la ciudad y del campo (su contrario o antítesis), y la reconciliación de ambos en una nueva síntesis en una ‘periurbanización’ que se extiende de forma indefinida”. Extracto de ‘La insurrección que viene’. Comité Invisible. Pp. 69-71

²¹ Herederos ambos del antiguo urbanismo asiático, continente en donde surgieron las primeras ciudades antiguas.

través de las nuevas tecnologías cibernéticas, sustituye a las viejas formas de comunicación cara a cara.

En el Estado español, la adopción de tendencias hacia las lógicas urbanísticas de signo “usamericanas” y el desbordamiento de lo urbano fuera de las ciudades, arribaron a partir de los años 80 culminando en 1992 con la celebración de los Juegos Olímpicos de Barcelona y el evento de la Expo de Sevilla en el 92, entendidos como proyectos de macro-transformaciones urbanas, en un país, por los demás, bastante abierto al influjo de la arquitectura moderna norteamericana, de estilo internacional, ya desde la década de los 40 del siglo XX²². A partir de estas fechas, en muchas Comunidades Autónomas, principalmente en aquellas gobernadas por políticas de corte más neo-liberal, y en particular las actuaciones de reordenación del territorio aplicadas y desarrolladas sobre tierras valencianas, llevaron a cabo una serie de actuaciones tendentes a la transformación del mapa regional, guiadas por el sueño de reeditar el modelo urbanístico californiano en el área levantina, apostando por convertirla en la “California de Europa”. La expansión del modelo de la conurbación difusa, las inversiones en construcción vial en forma de arterias y capilares circulatorios, o la re-definición interna de ciertos barrios populares cada vez más codiciados por su posición estratégica dentro de la ciudad, a modo de los “*downtowns*” americanos, fueron introduciendo grandes cambios tanto en las formas urbanas como en los contenidos humanos.

Para entender la magnitud de los cambios, se hace preciso analizar a grandes trazos, algunos de los contrastes entre los dos modelos enunciados:

- a. El modelo europeo ha estado soportado en un tejido urbano concentrado y continuo, que podríamos denominar de tipo nuclear. En esta trama urbana un paseante puede recorrerla sin encontrar espacios vacíos. Así, París o Ávila han sido dos ciudades de este tipo, en donde la diferencia entre ambas no es de orden cualitativa, pues responden a las mismas lógicas urbanas, sino meramente cuantitativa, en tamaño, de tal forma que la primera puede recorrerse en 10 horas y la segunda tal vez en una hora a paso rápido. Pero en este recorrido no existen huecos, ni vacíos, ni calvas que rompan la continuidad de la trama urbana. Los

²² Actas del Congreso Internacional de Arquitectura. La arquitectura norteamericana, motor y espejo de la arquitectura española en el arranque de la modernidad (1940-1965). Pamplona 16-17 de marzo de 2006. Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la Universidad de Navarra.

términos entre la ciudad y el campo se hallan claramente delimitados, de modo que donde acaba una, comienza el otro. Este tipo de entramado implica una forma concreta de vivir la ciudad, pensada como un lugar de anclaje, de arraigo, en donde las interrelaciones entre los habitantes tienden a ser relativamente frecuentes, densas e intensas, dada una configuración espacial en donde además existen espacios públicos abiertos a la discusión, desde el ágora griega, al foro romano, o la plaza castellana, y en donde además existe un nexo del espacio urbano con el pasado que da coherencia al presente. El “*usamericano*”, en cambio, está basado en un tejido urbano disperso, de tal modo que la ciudad se atomiza en espacios que podríamos llamar *urbanoides*, como lo son las urbanizaciones periféricas que, en forma de nube de puntos, se extienden alrededor del núcleo urbano, en una suerte de “urbanismo difuso” o “puntillista”, en donde la extensión de lo urbano minimiza las delimitaciones entre ciudad y campo. Estamos ante el fenómeno de la perifерización suburbial o de metropolización de las ciudades, lo cual implica un desanclaje de los habitantes de una ciudad a la que apenas acuden si no es para resolver asuntos prácticos. Se trata pues de otra forma de vivir la ciudad desde lejos, habitando el suburbio. Del “urbanismo discreto” (núcleos urbanos separados entre sí) se pasa al “urbanismo continuo” (trama urbana ininterrumpida), a través de un tejido urbano que se expande más allá de las ciudades, en conurbaciones salpicadas sobre la geografía que se hallan conectadas a través de múltiples filamentos viales.

- b. En la tradición europea, el centro urbano representaba la parte noble de las ciudades, en donde se concentraban las instituciones más nobles y de mayor empaque o poder (el consistorio, la iglesia, la casa señorial, el casino, el cuartelillo, el mercado,...), mientras el suburbio se asociaba con la zona marginal, aquella donde vivían aquellos que estaban excluidos del centro. En la tradición norteamericana los significados de centro y periferia se invierten de tal modo que la periferia es el lugar destinado a la burguesía que busca el disfrute de la vida en proximidad con la naturaleza, mientras que el centro era el lugar de la población marginal, que habita en los guetos o bajos fondos urbanos. Sin embargo, la cuestión en la actualidad quizás sea más compleja de lo referido pues la relación entre centro y periferia en ambos modelos ya no es tan directa como pudiera parecer a primera vista. En las ciudades europeas, el centro como espacio político cada vez más en franca regresión desde los años 80 fue abandonado por la élite para convertirse, en no

pocos casos en una zona crecientemente depauperada, de tal modo que Lavapiés en Madrid o las calles que rodean a Sol devienen en laberintos estigmatizados. Por el contrario, las periferias como espacio económico han sido revalorizadas a partir de la instalación de nuevos centros comerciales desde los cuales se ha ido generando un tejido de (con-)urbanizaciones, que han ido convirtiendo a las periferias en espacios centrales. Por otro lado, en el modelo “*usamericano*”, el tradicional centro degradado, una vez *gentrificado* o elitizado, ha sido conquistado en ciertos casos por las grandes torres de oficina. Times Square o Central Park en Nueva York, o el Boston Commom, por no hablar de otras ciudades como Philadelphia, tienen sus propios “*downtowns*”, lugares económicamente prohibitivos por su alto nivel, excluyentes y exclusivos, destinados para empresas y altos ejecutivos.

- c. En las ciudades mediterráneas, en particular, y en las ciudades europeas, por extensión, se consideraba que el lugar natural del hombre, con toda su artificialidad, era la ciudad, una construcción plenamente humana, de tal modo que fuera de la polis, como subrayaba Aristóteles en *La Política*, sólo habitaban las bestias y los dioses. Era el centro el verdadero corazón de la polis, y a medida que uno se alejaba del centro hacia la periferia se iba aproximando a las afueras de la ciudad, donde ya comenzaba el campo, que era el lugar de la naturaleza. Esta tradición greco-latina pasará a la Edad Media, a la Moderna y a la Contemporánea, a través de un innumerable elenco de pensadores de la ciudad, que pasa por Vitrubio, Abenjaldum, San Agustín, Campanella, León Baptiste Alberti, Wernet Sombart, Hegel, Marx, Haussman, Le Corbusier,... En cambio, en la tradición intelectual genuinamente norteamericana, de cuño puritana y mayoritariamente antiurbana, desde Thomas Jefferson a Frank Lloyd Wright, pasando por Benjamin Franklin, J. H. John Crevècoeur, E. W. Emerson, Henry David Thoreau, Herman Melville, Nathaniel Hawthorne, Edgar Allan Poe, Henry Adams, Henry James, Howells, Norris, Dreisser, William Jane, Jane Adams, Robert Park, John Dewey, Josiah Royce, Jorge Santayana,...(White y White, 1967), la ciudad ha sido interpretada como el reino del mal, de la perversión, de la pecaminosidad consumada, del vicio y de la corrupción, del hampa y la delincuencia,... en una suerte de Sodoma y Gomorra, de tal modo que el espacio ideal del ser humano debe ser la naturaleza, en donde aquel puede encontrarse más cerca de la obra de dios, y por tanto superior a la obra del hombre, de rango inferior tanto en cuanto éste era la criatura

del Creador. Por ello, en la tradición urbana norteamericana, la periferia más que el centro, la zona suburbial, era la más valorada por la burguesía, por ser la más próxima a la vida en la naturaleza. La explosión suburbana del modelo “*usamericano*” californiano tiene que ver con toda esta vuelta a la “pureza” de la vida en el campo frente al modelo europeo centrado en la ciudad.

- d. Si desde los tiempos de la Grecia clásica, en la ciudad europea se reivindica el papel del ciudadano como hacedor de la polis a través de la participación ciudadana, en la ciudad norteamericana se proclama la figura del individuo sin anclajes, un usuario de unas ciudades que transita, pero que no habita, pues el mercado laboral le exige ser un residente que siempre está de paso, de residencia en residencia, en donde la última nunca es la definitiva. El alquiler más que la propiedad de la vivienda es la fórmula más ajustada al modo de vida desanclado o desarraigado del transeúnte. Por razones históricas, la *city* norteamericana ha sido construida como un lugar de paso a lo largo de una carretera que iba hacia el Oeste. En cada núcleo urbano que se levantaba se abría una calle central, con un salón, en donde con el tiempo se instalaron quizás una tienda, luego un cine, quizás un supermercado, y más allá, a varios kilómetros otro centro urbano al que se accede a través del automóvil. En Estados Unidos, explicaba Umberto Eco, sólo existen cuatro ciudades que urbanísticamente responden a un sentido plenamente europeo: Nueva York, Boston, San Francisco²³, y por razones históricas Nueva Orleans, antigua colonia española²⁴. Así, Los Ángeles (L.A.) como ejemplo paradigmático del modelo urbano californiano no es una ciudad en un sentido europeo, sino un territorio urbanizado, con asentamientos transitorios, con grandes distancias que debilitan las relaciones sociales, con *malls* o grandes centros comerciales que sustituyen a la plaza pública. De alguna forma, L.A. sería la “anti-ciudad”, en donde el espacio privado

²³ Ciudades en donde el centro histórico europeo, del que ya poco o nada queda, ha sido sustituido por el concepto del ‘downtown’ actual, en donde se concentra la exclusiva zona comercial de grandes rascacielos donde Nueva York o Chicago serían los paradigmas que se repiten en Atlanta, Omaha, Richmond, Columbus, Saint Louis,... incluyendo a Memphis. Algunas de estas ciudades guardan algo en común con Madrid (Complejo Azca) y Nueva Orleans, cada una con su parte histórica turística (si aun la conservan) y su parte elitista de rascacielos por otra. En el caso de Washintong D.C., el centro se conoce como ‘downtown mall’ o ‘National mall’, una zona en la que está prohibido construir edificios de mayor altura que el obelisco, y por lo tanto no hay un downtown de rascacielos al estilo de Chicago o Nueva York. Mas allá de la trama de un urbanismo nuclear, que delimita a la ciudad, se derrama una extensa trama de un urbanismo difuso, que constituye la conurbación.

²⁴ En este caso, donde aun se conserva la ciudad colonial, el llamado ‘French Quarter’ (barrio francés), tampoco se corresponde exactamente con el ‘centro’ urbano.

prima sobre el público, y en donde los ciudadanos son ante todo consumidores. Hoy, sentenciaba Eco, nuestras ciudades europeas, o a una escala menor el propio urbanismo mediterráneo, se parece cada vez a este otro tipo de urbanismo de lógica “usamericana”.

- e. A diferencia del urbanismo “*usamericano*” más genuino, el centro de las ciudades europeas ha servido de depósitos de la memoria, permitiendo una conexión histórica entre el presente y el pasado, ciudades que se han ido formando a lo largo de los siglos por un proceso de decantación muy lento, a diferencia de las ciudades norteamericanas, en donde la presión del pasado ha dejado más márgenes de libertad (Chueca Goitia, 1987: 218-227). En este sentido, la ciudadanía europea ha estado más vinculada al sentimiento de pertenencia al lugar, mientras que la ciudadanía norteamericana ha estado más ligada al pragmatismo y a las oportunidades del mercado laboral. La creciente incorporación de las lógicas del modelo “*usamericano*” dentro de la ciudad europea, tuvo el efecto de propiciar la revalorización de las afueras frente a la des-valorización del centro, en un proceso de creciente decadencia sufrida por los cascos históricos de muchas ciudades europeas, en general, y españolas, en particular.

Tradición urbana europea *versus* tradición “*usamericana*”.

Tejido urbano compacto y denso	<i>versus</i>	Tejido urbano deslavazado y disperso
El centro como espacio de estatus en donde se concentran las instituciones centrales (ayuntamiento, iglesia, casas señoriales, casino, cuartelillo,...		El centro como zona de estigma, como área excluyente habitada por ghettos, o como área exclusiva (“downtown”), donde se concentran los rascacielos.
La ciudad como espacio de lo intrínsecamente humano		La ciudad como reino de la pecaminosidad
El ciudadano como productor de la ciudad, que habita en ella de modo permanente (compromiso)		El transeúnte como consumidor del espacio urbano, del cual sólo es un usuario transitorio (des-implicación)
La ciudad como producto histórico		La ciudad como área de oportunidades

A MODO DE CONCLUSIÓN

Los micro-procesos observados etnográficamente en el interior del Barrio Chino o en El Cabanyal, no pueden comprenderse fuera de las macro-dinámicas de los desarrollos urbanísticos que se precipitan a lo largo de la costa del territorio mediterráneo y que afectan a la re-significación de la propia ciudad, Barcelona y Valencia, respectivamente. El que ambos barrios analizados, el primero en mayor medida, y el segundo en menor grado, tiendan a transformarse de “lugares de raíces” a “espacio de rutas”, adoptando la forma de urbanizaciones sometidas a la creciente movilidad de sus nuevos ocupantes, tiene bastante que ver con las transformaciones introducidas en los nuevos horizontes urbanos abiertos a nivel global. Los cambios registrados en estos dos casos particulares podrían generalizarse o extrapolarse a otras experiencias parecidas, cada una con sus propios matices diferenciales pero dentro de las lógicas de la asimilación o la resistencia.

En el caso de la conversión del Barrio Chino en El Raval, los procesos de *gentrificación* llegaron con el pretexto de los Juegos Olímpicos de Barcelona, que introdujeron intervenciones urbanas de importantes dimensiones. En este proceso de transformación, se expulsaron de sus barrios a los viejos “vecinos de toda la vida”, se echaron abajo las antiguas viviendas, se levantaron pulcros y modernos edificios que se pusieron a venta a buen precio, ofreciéndose unos residenciales que pasaron a ser ocupados por nuevos inquilinos, desconocidos entre sí, socialmente distantes, y carentes de cualquier tipo de relaciones personales, dada la naturaleza a-histórica de estos nuevos espacios, y la dificultad objetiva de crear vínculos vecinales sólidos. Obviamente, no es que hoy seamos menos sociables que en otras épocas, sino que el tiempo para invertir en sociabilidad tiende al mínimo, en parte porque los espacios de residencia, trabajo y recreación están separados sobre el espacio urbano.

La de El Cabanyal es otra historia, protagonizada por movimientos de resistencia social que tienen el apoyo político de la oposición municipal, colaborando a ambas bandas en la construcción de un dique de contención que hasta ahora ha servido para detener el impetuoso avance de los intereses económicos, propulsado por las promotoras inmobiliarias y el ayuntamiento valenciano afines al desalojo de los vecinos de este barrio popular a corto (expulsión por pago), medio (expulsión por decreto) o largo plazo (expulsión por inadecuación con respecto a los niveles socio-económicos de los nuevos

residentes). Pero sumado a la amenaza de desahucio, un peligro de distinta naturaleza acecha sobre El Cabanyal, un barrio en donde el valor tan singular de su cultura urbana puede acabar convertida en precio, bien como mercancía inmobiliaria o como capital turístico, llevándolo en este caso a “morir de gloria”. El consumo de espacios “pintorescos” es otra de las estrategias potenciadas por las lógicas de un mercado que tiene clientes dispuestos a comprar “lugares” guiados por el valor añadido de la distinción. Recobrar un pasado, convenientemente reconstruido desde el presente, para a ser destinado unos nuevos residentes a quienes se les vende el *glamour* de lo “auténtico”, es una conocida práctica que arroja pingües beneficios tanto para las bolsas públicas como para los bolsillos privados, pero que vacía de contenido la vida social del barrio para potenciar su valor económico.

Ya es hora de apagar los focos de luces que encendimos al principio de este escrito, pero permanezcamos vigilantes en la oscuridad, porque la ciudadanía está en juego mientras existan barrios como el Chino o El Cabanyal, como los nuestros.

BIBLIOGRAFÍA

Augé, Max [1992] (1998) *Los “no lugares”. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Editorial Gedisa. Barcelona.

Bachelard, Gastón [1957](2008) *La poética del espacio*. Editorial Fondo de Cultura Económica. México.

Bataller, M.A. (2000) “El estudio de la gentrificación”, *Biblio 3w. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*. Vol. IV, nº. 228. Universidad de Barcelona. Barcelona.

Bidou-Zahariansen, Catherine (dir.); Hierraux-Nicolas, Daniel; Rivière d’Arc, Hélène (2003). *Retours en ville, des processus de ‘gentrification’ urbaine aux politiques de ‘revitalisation’ des centre*, Paris. Descartes el Cie. Review de Fleury, Antoine, en la revista *Cybergeo*. Paris.

Capel, H. (1983) *Capitalismo y morfología urbana en España*. Ed. Amelia Romero. Barcelona.

Cátedra, Maria (1997). *Un santo para la ciudad. Ensayo de antropología urbana*. Editorial Ariel. Barcelona.

Chueca Goitia, Fernando [1968] (1987) *Breve historia del urbanismo*. Alianza editorial. Madrid.
Cucó i Giner, Josepa [2004] (2008) *Antropología urbana*. Editorial Ariel antropología. Barcelona.

Cuesta Ávila, Rafael (2008) *Crónicas de Yucatán. Tres experiencias etnográficas en el sur de México*. Editorial Universidad de Granada. Granada.

Delgado, Manuel (1999) *El animal público*. Editorial Anagrama. Barcelona.

García Canclini, Néstor [1990] (2008) *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Ediciones Paidós Ibérica. Barcelona.

García Canclini, N. (1997) “Cultures urbaines de la fin du siècle: la perspective anthropologique”, *Revue Internationale des sciences sociales*, n°. 153.

García Herrera, L.M. (2001) “Elitización: Propuesta en español para el término gentrificación”, *Biblio 3w. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*. Vol. VI, n°. 332. 5 de diciembre.

Guerin, José Luís (2001) *En construcción*. Duración 125 minutos aprox. Planeta D. DVD. España.

Hannerz, Ulf [1980] (1983) *Exploración de la ciudad. Elementos de antropología urbana*. FCE. México.

Koolhaas, Rem. (2006) *La ciudad genérica*. Editorial Gustavo Gilli mínima. Barcelona.

Muñoz, Francisc. (2008) *Urbanalización. Paisajes comunes, lugares globales*. Editorial Gustavo Gilli. Barcelona.

Signorelli, Amalia (1999) *Antropología urbana*. Anthropos Editorial y Universidad Autónoma Metropolitano. Barcelona.

Smith, Neil (1979) "Toward a theory of gentrification: a back to the city movement by capital, not people", *Journal of the American Planning Association*. Vol. 45, pp. 538-548.

White, Morton y Lucía White [1962] (1967) *El intelectual contra la ciudad*. Ediciones Infinito. Biblioteca de Pensamiento y Vivienda, Volumen 10. Buenos Aires.

Fuentes secundarias de información de hemeroteca extraída de *La Vanguardia* y *El País*.